

COVID 19 Reflexiones feministas sobre la pandemia

*Patricia Amigot Leache, Inmaculada Arostegui Madariaga, Arantza Arrien Goitiandia,
Mari Luz Esteban Galarza, Txiki Estivariz Martínez de Antoñana,
Ana Fernández Goienaga, Lucía Gallego Andrés,
Nahia Idoiaga Mondragon, Josebe Iturrioz López, Mertxe Larrañaga Sarriegi,
Marta Macho Stadler, Saioa Osés Monzón, Isabel Otxoa Crespo,
Oihana Plazaola Ugarte, Begoña Sánchez Surribas, Arantza Urkaregi Etxepare*



COVID 19. Reflexiones feministas
sobre la pandemia

Marzo 2021

Edita:



- Araba** | Eulogio Serdán 5 • 01012 **Gasteiz**
☎ 945 14 11 04 ☎ 945 14 43 02
araba@steilas.eus
- UPV/EHU Arabako Campusa
Ikasgelategia, 204. Bulegoa • 01006 **Gasteiz**
☎ 945 01 33 97 (3397)
steilas-araba@ehu.es
- Bizkaia** | Jose Maria Eskuzo 1, 1 esk. • 48013 **Bilbo**
☎ 944 10 02 98 ☎ 944 10 13 60
bizkaia@steilas.eus
- UPV/EHU Bizkaiko Campusa
Liburutegi eraikina, 2 - 1 • 48940 **Leioa**
☎ 946 01 24 34 - 24 35
steilas-bizkaia@ehu.es
- Gipuzkoa** | Basotxiki 30-34 atz. • 20015 **Donostia**
☎ 943 46 60 00 ☎ 943 45 36 27
gipuzkoa@steilas.eus
- UPV/EHU Gipuzkoako Campusa
Ignacio M^a Barriola eraikina • Elhuyar Plaza 1
20018 **Donostia**
☎ 943 01 84 36 (8281) ☎ 943 01 81 40
steilas-gipuzkoa@ehu.es
- Nafarroa** | Joaquin Beunza, 4-6 behea • 31014 **Iruñea**
☎ 948 21 23 55 ☎ 948 22 97 90
nafarroa@steilas.eus

www.steilas.eus

Diseño y Maquetación: Marra, S. L.

Imprime: Printheus, S. L.

Depósito legal: Bi 00409-2021

ISBN: 978-84-120567-8-5

Índice

Introducción	5
<i>Idazkaritza feminista</i>	
Pandemia y violencia contra las mujeres	9
<i>Patricia Amigot Leache</i>	
Reflexiones feministas sobre la pandemia. Más allá de un año	15
<i>Inmaculada Arostegui Madariaga</i>	
Difícilmente crecerán alcachofas sembrando lechugas, difícilmente habrá pandemias sembrando diversidad y cuidados	21
<i>Arantza Arrien Goitiandia</i>	
Ahora más que nunca debemos prestar atención al cuerpo	29
<i>Mari Luz Esteban Galarza</i>	
Lectura de la pandemia desde nuestro centro de educación infantil y primaria	35
<i>Txiki Estivariz Martínez de Antoñana, Oihana Plazaola Ugarte</i>	
En el sector de la limpieza, ser esenciales sirve para boicotear nuestro derecho a la huelga	41
<i>Ana Fernández Goienaga (sobrenombre)</i>	
Feminismo y sostenibilidad en salud como hojas de ruta para afrontar con éxito la pandemia de COVID-19	47
<i>Lucía Gallego Andrés</i>	
De cuando la pandemia intensificó la brecha de género y la invisibilidad del cuidado	53
<i>Nahia Idoiaga Mondragon</i>	

Chernobyl, el fin del mundo y la escuela	57
<i>Josebe Iturrioz López</i>	
Reflexiones en torno a la crisis COVID desde la Economía Feminista	63
<i>Mertxe Larrañaga Sarriegi</i>	
Las invisibles en tiempos de pandemia	69
<i>Marta Macho Stadler</i>	
Brecha digital: la brecha social de toda la vida	75
<i>Saioa Osés Monzón</i>	
El cuidado, en su lugar	81
<i>Isabel Otxoa Crespo</i>	
Tenemos ratios de 30 chavales y chavalas de cuatro años y dos monitoras de comedor: no pasan más cosas	87
porque tenemos suerte <i>Begoña Sánchez Surribas</i>	
Residencias de mayores: reflexión suscitada por la COVID-19	93
<i>Arantza Urkaregi Etxepare</i>	

Introducción

La Secretaría Feminista de **STEILAS**, ha considerado necesario reunir algunas de las voces más sobresalientes del feminismo vasco para reflexionar acerca de las consecuencias sociales y políticas que está acarreado la aparición del coronavirus en nuestras vidas.

Hace ya más de un año, la Organización Mundial de la Salud (OMS) declaró la situación de pandemia mundial. Desde entonces, hemos experimentado diferentes fases: desde la incredulidad hasta el pánico pasando por la adaptación a esta «nueva normalidad» que ya forma parte de nuestra cotidianidad. Eso sí, una «nueva normalidad» vigilada intensamente por los dispositivos de control de los estados, que han sido reforzados para tal función.

Las feministas criticamos esta «nueva normalidad» por ser semejante a la vieja normalidad patriarcal en su alianza con el capitalismo, en lo referido a la división sexual del trabajo, violencias de género, invisibilización y precarización del trabajo doméstico y del cuidado de las personas en situación de dependencia –menores, mayores...–, escasa presencia de las mujeres en la esfera pública así como discriminación del colectivo LGTBI.

Además de cuestionar este concepto de «nueva normalidad», hemos insistido en que esta crisis sanitaria va pareja de una crisis sistémica social y económica sin precedentes y que, de nuevo, las mujeres somos las más perjudicadas. Desde la huelga feminista del año 2018, hemos reivindicado la necesidad de que el trabajo doméstico y de cuidados sea reconocido y que las personas, mayoría mujeres, que se dedican al mismo cuenten con condiciones laborales dignas.

En todas nuestras manifestaciones, actos y escritos, exigimos que se refuercen los servicios públicos en el ámbito de la sanidad y la educación y que se diseñe con urgencia un sistema público de cuidados. A pesar de la distancia interpersonal, seguimos en las calles peleando por un cambio real y permanente de nuestro sistema productivo y reproductivo.

Sin embargo, ¿se están transformando las políticas socio-laborales para que estos empleos esenciales cuenten con mejores condiciones?, ¿se refleja en los presupuestos una mayor dotación para estos sectores que sostienen la vida de las personas y el sistema productivo?, ¿qué parte de los fondos europeos se destinarán a reforzar las plantillas de las escuelas infantiles, centros escolares, institutos, universidades, comedores, sector limpieza, residencias de mayores, ambulatorios, hospitales?, ¿para cuándo un sistema público de cuidados que no abandone a su suerte y condene a la muerte a miles de personas empobrecidas en todo el mundo?, ¿están teniendo presencia y relevancia mediática las expertas científicas?, ¿la agenda feminista con medidas contra las violencias machistas está incidiendo en la gestión de la pandemia?

Sabemos que es el momento de actuar contra el cambio climático porque son la sostenibilidad y la habitabilidad del planeta las que están en juego. Si la deforestación favorece que los patógenos pasen de la fauna silvestre a las personas ¿a qué estamos esperando para transformar las políticas agroalimentarias y urbanísticas? Si tenemos que reducir la huella ecológica, inevitablemente hay que cuestionar nuestro modelo económico basado en la explotación de la tierra y en el cuerpo de las mujeres a lo largo y ancho del planeta, así como preguntarnos si la industria del turismo es sostenible o si tiene algún sentido el éxodo diario de autobuses escolares transportando criaturas a centros privados-concertados alejados de sus barrios.

En las siguientes líneas, encontraremos diferentes miradas acerca de estas cuestiones y de otras muchas que, sin duda, nos van a facilitar la elaboración de propuestas políticas y respuestas concretas ante la incidencia diferenciada de esta pandemia sobre las mujeres y personas de escasos recursos. Son voces plurales que dan cuenta de la enorme variedad temática y teórica del feminismo vasco.

Queremos agradecer a todas las autoras que hayan compartido con la Secretaría Feminista de **STEILAS** sus valiosos y necesarios análisis.



Pandemia
y violencia
contra
las mujeres

Pandemia y violencia contra las mujeres

Patricia Amigot Leache.

Profesora del Departamento de Sociología y Trabajo Social de la Universidad Pública de Navarra (UPNA).

Pensar las violencias contra las mujeres desde una perspectiva feminista implica contextualizar esta violencia en una lógica patriarcal y capitalista que articula relaciones de poder de género –entre otras– y su expresión violenta. Pero también significa pensar que, en tanto vulneración de derechos humanos y restricción de la satisfacción de necesidades básicas, esta estructura patriarcal es, en sí misma, violenta. Por eso, antes de especificar de qué modo ha afectado esta compleja situación pandémica a la violencia *directa* contra las mujeres, es importante reflexionar en torno a su dimensión estructural y simbólica.

Es evidente que cualquier retroceso en los derechos y en las condiciones materiales de vida de las mujeres deriva en incremento e intensificación de las violencias. Tal como otras compañeras expondrán en sus textos, la pandemia y, sobre todo, el tipo de gestión y de decisiones políticas que se están tomando frente a ella, está incrementando las desigualdades de género e intensificando la vulnerabilidad de las mujeres en términos globales. Consideramos que los seres humanos somos vulnerables, interdependientes y frágiles: es nuestra condición ontológica. Pero existen procesos de precarización y desprotección como resultado del funcionamiento del sistema: existe una dimensión política de la vulnerabilidad que tiene que ver con la lógica contemporánea de acumulación de capital en su intersección con la estructura patriarcal. Cuanto más despiadada es, más sufrimiento genera. Y, como bien analiza Rita Segato (2014), más se convierten las mujeres en objeto de violencia.

Diferentes organismos advierten del retroceso que esta situación global de pandemia va a acarrear para las mujeres. En un mundo en el que la racionalidad y las prácticas neoliberales han intensificado el expolio de los recursos y comunidades y el recrudecimiento de las desigualdades sociales, la pandemia y su gestión va a ampliar estas injusticias. Tal como señala la ONU (2020), la brecha de género se agranda; este organismo calcula que 47 millones de mujeres pasarán a situaciones de pobreza, siendo las niñas un colectivo especialmente afectado. Las mujeres se empobrecen más y más rápidamente en estas circunstancias. Con esta tendencia, otros estudios apuntan al incremento de la violencia directa fruto de la pérdida de recursos, de los confinamientos y de la convivencia obligada con una menor posibilidad de huida. ONU Mujeres estima un aumento de 31 millones de casos de violencia contra las mujeres. Y muy pocos países han tomado medidas para paliar este recrudecimiento.

Las mujeres han sufrido el impacto de esta situación con una pérdida de empleos más amplia y rápida, por estar más empleadas en sectores con empleos informales, más precarios, sin contratos, como en el sector del empleo doméstico —en este sector, según la OIT se han perdido el 72% de los empleos—. Sin duda, la pobreza y la dependencia económica nos hacen más vulnerables a situaciones de violencia. Además, el confinamiento y las restricciones, con el trasfondo de las lógicas relacionales de género, han supuesto un incremento del trabajo reproductivo y de cuidados, con su correlato de tensión y sobrecarga. Las condiciones materiales de existencia, por otro lado, han exacerbado el impacto de las medidas restrictivas: nada tiene que ver pasar el confinamiento en una casa amplia —con espacios individuales para el teletrabajo o la intimidad— con pasarlo en un piso de 50 metros cuadrados, en una habitación o, incluso, sin vivienda, como en el caso de muchas mujeres empleadas domésticas e internas para las que el confinamiento supuso en muchos casos o quedarse en la calle o prisioneras en una situación de dominio, tal como lo ha señalado Norma Vázquez (Vázquez, 2020). Una clara situación de violencia.

Si pensamos en términos de violencia simbólica, es decir, de los imaginarios sociales y de la producción de conocimiento androcéntrico y sexista, la pandemia nos ha traído una situación extraña. Por un lado, y sobre todo en los primeros momentos, emergió en el discurso público la centralidad de las funciones de cuidado, lo que implicó una revalorización, quizá pasajera, no lo sabemos, de profesiones y de colectivos que sostienen la vida social y el cuidado mutuo, sobre todo del ámbito sanitario, educativo, de apoyo a la dependencia, etc. No obstante, la metaforización en términos bélicos de la pandemia activó toda una red semántica de heroicidad que,

en nuestra cultura, pivota sobre la masculinidad. Si añadimos la presencia mediática de los cuerpos y fuerzas de seguridad, figurando de manera destacada en las ruedas de prensa del Gobierno, pudimos observar cómo el protagonismo en la representación de la experiencia y de la respuesta social a la pandemia fue masculinizándose. Además, muchas de las medidas establecidas por los gobiernos se han ido distanciando de las primeras propuestas que planteaban el refuerzo imprescindible del sistema sanitario, del educativo, de los servicios públicos de cuidado.

En lo que respecta a la violencia directa ejercida contra las mujeres, la situación de pandemia ha aumentado el riesgo y ha complicado e intensificado la violencia que muchas mujeres soportan. El *quédate en casa* supuso para muchas y sus hijos e hijas, y también especialmente para niñas que estén sufriendo violencia sexual, empeorar sus circunstancias vitales.

La violencia de género en el ámbito doméstico no es un hecho puntual, es una historia y un proceso complejo que marca la realidad cotidiana, y esa realidad cotidiana se deteriora profundamente en una situación de encierro. La causa última de este incremento no es el encierro, como no lo son el estrés o las adicciones. Las agresiones machistas se producen porque el agresor se siente legitimado a reafirmar su posición de dominio a través de la violencia, una posición en general naturalizada y que experimentan como un derecho. Con ese trasfondo, qué duda cabe que la frustración experimentada, la merma de recursos de las mujeres, la pérdida de apoyos, etc., pueden operar como desencadenante de una mayor violencia, lo que sitúa a las mujeres en una permanente alerta y en el esfuerzo por desarrollar estrategias diversas para controlar, amortiguar y soportar tales episodios.

En primer lugar, la convivencia intensiva con quien maltrata aumenta la frecuencia de la agresión, la sensación de impunidad de los agresores –debida a su invisibilidad– y la tensión derivada de este estado de expectativa angustiada. Los datos indican que el número de denuncias no se incrementó –incluso descendió en algunos lugares– durante el confinamiento, pero que aumentaron exponencialmente las consultas y búsquedas de información, por ejemplo en el 016. No obstante, si comparamos los datos de denuncias de esos tres meses en 2019 y 2020 en Navarra, podemos apreciar cómo a pesar de todas las dificultades, las denuncias de violencia física y psicológica aumentaron en las cohortes de edad que implican convivencia (entre 30 y 64 años), descendiendo en otras. Además de este indicador cuantitativo, tenemos otros cualitativos referidos a la experiencia de algunas mujeres y recogidos en un estudio reciente (Ibarrola, 2021). En él, estas

refieren una intensificación clara de la violencia, especialmente de la psicológica: más control, más desprecio, más prohibiciones, más invasión del propio espacio.

En segundo lugar, el empeoramiento de la situación de violencia vivido por mujeres y criaturas puede relacionarse con la pérdida de tiempos de soledad y descanso, con la imposibilidad de buscar ayuda o experimentar el apoyo de relaciones –familiares, profesionales, sociales– que operaban como amortiguadores de la tensión y del sufrimiento, incluso como espacios de elaboración de esa experiencia. En el caso de mujeres que estaban vinculadas a recursos institucionales, con tratamiento psicológico u orientación para el proceso de separación e incluso de interposición de denuncia, el aislamiento supuso la ruptura parcial de ese acompañamiento y seguimiento, a pesar de que se articularon otros medios telemáticos de asistencia.

Si pensamos en las mujeres que estaban ya en recursos de acogida, la experiencia ha sido compleja. En Nafarroa, hubo que ampliar la capacidad de respuesta de estos recursos, espacial y profesionalmente, dado que aumentó la demanda de urgencia y se suspendieron los límites temporales a las estancias. La saturación y la sobrecarga ha puesto en evidencia las limitaciones del modelo institucional y la necesidad de más recursos económicos para reformularlos radicalmente. En estos recursos, el confinamiento supuso un aislamiento muy duro para las mujeres, en su mayoría con menores. Según algunos de sus relatos (Ibarrola, 2021), sintieron un intenso y particular miedo hacia la enfermedad: en su caso, su principal preocupación consistía en pensar qué sucedería con sus hijos e hijas si ellas enfermaban. Por el contrario, otros testimonios expresan el alivio inmenso que sintieron algunas mujeres por vivir la situación de encierro separadas, fuera ya del espacio de violencia.

Finalmente, es importante recordar que ni las denuncias ni el recurso a los dispositivos institucionales reflejan la magnitud de la violencia directa sufrida por las mujeres en el contexto doméstico, tal como reflejan los datos de las macroencuestas estatales¹. Las relaciones de poder de género conforman el tejido de las relaciones heterosexuales y en estas aparecen diferentes manifestaciones de violencia, que son afrontadas por las mujeres con sus propias estrategias, recursos y decisiones. Es

1 Se estima que las denuncias suponen en torno a un 20% de la violencia experimentada (Ministerio de Igualdad, 2020). Señalar esto no significa que consideremos que fuera deseable denunciar todas. Los problemas estructurales necesitan de respuestas en el ámbito de la justicia, pero la solución pasa por transformaciones estructurales de fondo, por el empoderamiento, la agencia y las decisiones de las mujeres.

probable que muchas situaciones en el ámbito privado hayan empeorado, como es evidente que las situaciones de crisis, de aumento de la desigualdad en general y de discriminaciones directas e indirectas hacia las mujeres recrudescen las violencias machistas, algo que trasciende lo institucional e implica las lógicas patriarcales de fondo, que actúan de forma interseccional y que intentamos transformar desde el feminismo.

Bibliografía

- Ibarrola, Sara (2020). *El confinamiento en primera persona. Vivencias y testimonios. El impacto y las consecuencias en mujeres de Navarra*. INAI-Gobierno de Navarra. <http://www.igualdadnavarra.es/imagenes/documentos/-281-f-es.pdf>
- ONU Mujeres (2020). *From insights to action: Gender equality in the wake of COVID-19*. <https://news.un.org/en/story/2020/09/1071502>
- Ministerio de Igualdad (2020) Macroencuesta de Violencia contra la Mujer 2019. Accesible en: <https://violenciagenero.igualdad.gob.es/violenciaEnCifras/macroencuesta2015/Macroencuesta2019/home.htm>
- Segato, Rita (2014). Las nuevas formas de la guerra y el cuerpo de las mujeres. *Sociedade e Estado*, 29(2), 341–371. <https://doi.org/10.1590/S0102-69922014000200003>
- Vázquez, Norma (2020). *Notas para pasar a limpio. Reflexiones y propuesta para la igualdad en tiempos de coronavirus. Sesión 1: COVID-19 y violencia contra las mujeres. Aprendizajes y propuestas*. Emakunde.

Reflexiones
feministas sobre
la pandemia.
Más allá
de un año

Reflexiones feministas sobre la pandemia. Más allá de un año

Inmaculada Arostegui Madariaga.

Profesora plena del área de Estadística e Investigación
Operativa en la Facultad de Ciencia y Tecnología, UPV/EHU.

Nada más empezar a escribir, me he dado cuenta de que ya ha pasado un año. Algo más de un año desde que llegaron a nuestros oídos las primeras noticias sobre el virus SARS-COV-2 y la enfermedad COVID-19. Un año, en este preciso momento, desde que comenzamos a preocuparnos a la vista de la situación que vivían en China y, especialmente, en Italia. Y, para cuando el público pueda leer este artículo, habrá pasado un año desde el 8 de marzo de 2020.

El 8 de marzo del año pasado no lo olvidaré nunca. Para muchas de nosotras, defender los derechos fundamentales fue más importante que ninguna otra cosa. Otras muchas, en cambio, decidimos quedarnos en casa en lugar de salir a las calles, a fin de evitar las multitudes y el contacto directo con otras personas, pensando, acaso, que ello nos iba a proteger del peligro. Ese día, en Euskadi había 47 casos positivos confirmados, aunque seguramente serían más en total, y ya se había registrado la primera muerte, el día 4 de marzo. ¿Es que no nos dimos cuenta de la gravedad de la situación? En general, la respuesta a esa pregunta es que no; y no es de extrañar. Si miramos un año atrás, nos damos cuenta de que actualmente tenemos mayor consciencia de la situación, que lo vivido nos ha cambiado notablemente. ¡Cuánto han cambiado nuestras vidas, nuestras actividades y costumbres diarias, nuestras relaciones y conversaciones, y, cómo no, nuestras sensaciones!

Sin dejar de lado el aspecto humano, voy a centrar esta reflexión en el ámbito científico. Este último año, la palabra «epidemiología» ha pasado de ser un término científico a estar presente en el lenguaje diario. Por eso, quisiera traer a colación a una mujer experta en epidemiología, a Florence Nightingale. Siendo yo matemática, y estando el mundo sumido en la pandemia, no imagino una figura que refleje mejor el 8 de marzo. Nightingale nació el 12 de mayo de 1820. De formación enfermera, era aficionada a la matemática y la estadística; y compaginó de forma sorprendente esos dos campos tan diferentes, convirtiéndose así en precursora de la epidemiología. Me gustaría aprovechar, asimismo, para mencionar una tercera razón por la que quiero hablar sobre esta mujer: precisamente en 2020 se celebró el 200 aniversario de su nacimiento.

Fue en la guerra de Crimea donde Nightingale se percató de que gran parte de la mortalidad no era a causa de las heridas de guerra, sino consecuencia de la falta de higiene y las malas condiciones de salubridad. Pero sus mayores logros fueron obtenidos en tiempos de paz. Lo vivido en la guerra le valió para la reflexión y la recopilación de datos, lo que produjo una notable bajada en la mortalidad a partir de entonces, mejorando la gestión de los hospitales y mostrando evidencias que valdrían para establecer medidas relativas a la salud pública. Una de las aportaciones más importantes de Nightingale fue la constatación del valor de los datos. Utilizó los datos para demostrar a las autoridades británicas lo importantes que eran algunos de los aspectos que actualmente son fundamentales en el ámbito de la salud pública. Los datos ya estaban disponibles anteriormente, no fue ella quien se encargó de recopilarlos; pero su principal aportación fue la siguiente: una vez organizados y analizados los datos adecuadamente, consiguió emplear los resultados como argumento de peso para convencer a la comunidad. Fue ella quien se valió por primera vez de representaciones gráficas como el diagrama de área polar y el diagrama de la rosa. A pesar de que ha pasado siglo y medio, creo que aún nos queda mucho por aprender, sobre todo en este preciso momento.

A lo largo de 2020 se ha hablado mucho sobre la vital importancia de los datos, tanto en los medios de comunicación, como entre las personas involucradas en la gestión y la política, así como entre las personas del ámbito de la investigación. La pandemia nos ha demostrado que los sistemas de información y gestión actuales para el tratamiento de datos sanitarios son rígidos y han quedado obsoletos. Y, en mi opinión, no es momento de criticar severamente esa realidad, sino que es hora de dar pasos para poner remedio a la situación. En ese sentido, reflexionar sobre la situación que vivimos actualmente debe servirnos para plantear retos de mejora en un futuro próximo.

Como muchos y muchas sabéis, una de mis aficiones es la cocina; por eso me gusta comparar los datos con los ingredientes de la cocina. Para que haya comida en la mesa y, además, sea sabrosa, es necesario que podamos conseguir los ingredientes necesarios y que, además, sean de calidad. Hemos aprendido mucho de eso últimamente. Hace mucho que se vienen recopilando y procesando los datos; durante todo este tiempo se han conseguido resultados y publicado estadísticas. Pero esta vez, contábamos con muy pocos datos, no había estadísticas previas y, además, no las procesábamos con la celeridad necesaria. La nevera estaba llena, pero la comida no llegaba con la suficiente rapidez y calidad a la mesa. Hemos aprendido que necesitamos recopilar y gestionar los datos de forma más eficaz y efectiva. Eficacia en la rapidez y calidad, pero sin olvidar la ética. Y he dicho ética, porque, seguramente, en muchos casos, el afán por garantizar la confidencialidad ha podido ralentizar el proceso. Pero, a pesar de que pueda resultar complejo, es fundamental conseguir el equilibrio adecuado. ¿Qué dirían los comensales si, tras disfrutar del banquete, supieran que no se han respetado las debidas medidas de seguridad en los alimentos? Así pues, uno de los retos a los que nos enfrentamos es recopilar, almacenar, procesar y analizar los datos de forma correcta, garantizando la confidencialidad, pero asegurando, al mismo tiempo, que se consigan de forma rápida los resultados interpretables necesarios para la toma de decisiones.

En ese sentido, me gustaría subrayar que, para afrontar el reto, es estrictamente necesario un trabajo interdisciplinar y colaborativo. En lo que respecta a la ciencia, todos y todas hemos reflexionado alguna vez sobre la importancia de los conceptos interdisciplinar y multidisciplinar, aunque a menudo haya podido ser estrictamente de forma teórica. La gestión aplicada a la pandemia nos ha demostrado (de forma muy violenta, además) que es sumamente importante, si cabe necesario, establecer una estrecha colaboración entre diferentes colectivos y ámbitos científicos. En un restaurante no trabajan solo cocineros y cocineras. La totalidad del proceso, desde la elección y compra del género, hasta la preparación y emplatado de los alimentos, no queda en manos solamente de cocineros y cocineras, sino que es responsabilidad de todo un equipo de personas que cuidan hasta el más mínimo detalle. Del mismo modo, el ámbito sanitario ha necesitado y necesitará de la ayuda de otros tantos ámbitos profesionales para poder hacer frente a la pandemia y a sus consecuencias; profesionales de diversas vertientes, entre las que se encuentran, por ejemplo, la biología, epidemiología, matemática, estadística, economía y/o física.

El campo denominado Ciencia de Datos es bastante nuevo, aunque no del año pasado, pues es un término que lleva varios años presente en nuestro lenguaje, bien

combinado con la estadística, la inteligencia artificial, el «big data», el «machine learning» y demás términos de moda, o bien como sinónimo de todos ellos; pero, en esencia, para hacer referencia a un mismo concepto. La Ciencia de Datos es un campo interdisciplinar, el cual se basa en la utilización de un método científico que parte de datos estructurados y/o no estructurados para generar conocimiento. Dicho ámbito sostiene perfectamente el reto al que debemos hacer frente, por cuanto resulta indispensable la colaboración entre diferentes disciplinas. Por ejemplo, en el caso de la COVID-19, todas esas disciplinas son necesarias para recopilar y entender los datos por el personal sanitario; para manejar, acumular y almacenar los datos por el personal informático; para proteger la confidencialidad de los datos por los y las abogados/as; para analizar los datos y realizar previsiones por el personal estadístico; para implementar los métodos y algoritmos de forma eficaz por matemáticos/as e ingenieros/as; para interpretar los resultados y previsiones y ponerlos en contexto por el personal experto en epidemiología; y, por último, para tomar decisiones basadas en los resultados obtenidos a partir de los datos por parte de responsables de la gestión y personal político. Numerosas universidades ofrecen hoy en día estudios sobre la Ciencia de Datos. Diría que debemos esforzarnos por formar expertos y expertas en esa disciplina, no solo en situación de alarma, sino como estrategia de cara al futuro, a fin de garantizar la tan necesaria interdisciplinariedad. Pienso que esos y esas estudiantes del presente tendrán éxito en el mundo laboral del futuro.

Y la última reflexión me lleva a cerrar el círculo. Podríamos decir que Nightingale era científica de datos, pues reunía en su dedicación capacidades muy diversas, dejando evidente en primera persona la interdisciplinariedad que hemos mencionado anteriormente. A las puertas del 8 de marzo, considero necesario recordar que, al igual que Nightingale, existen tantísimas mujeres en el mundo que, por diversas razones y en diversos contextos, han ejercido diferentes funciones al mismo tiempo, como si de mujeres orquesta se tratase. Ninguna de ellas recibirá un Premio Nobel, pero sí impulsarán procesos que, quizá, algún día transformen nuestras vidas.

Difícilmente
crecerán
alcachofas
sembrando
lechugas,
difícilmente
habrá pandemias
sembrando
diversidad y
cuidados

Difícilmente crecerán alcachofas sembrando lechugas, difícilmente habrá pandemias sembrando diversidad y cuidados

Arantza Arrien Goitiandia.

Ingeniera agrícola, de corazón y de acción mujer baserritarra.

Del origen de la COVID-19

El origen de muchas enfermedades actuales (las llamadas zoonosis que saltan de los animales a las personas) guarda estrecha relación con la desaparición de los bosques y selvas y su sustitución por monocultivos. La agricultura industrial modifica la interacción entre las especies y fracciona y destruye los ecosistemas.

En las últimas décadas, muchos alimentos que consume la población mundial proceden de sistemas agrarios difícilmente imaginables y habitualmente justificados por «la demanda de las personas consumidoras», es decir, realizadas en nuestro nombre:

- Para disponer de tomates a lo largo de todo el año, una empresa almeriense-portuguesa establece un sistema-invernadero hidropónico en 18 hectáreas de tierra en el municipio alavés de Espejo, al mismo tiempo que manifiesta que el embalse de Barrón es necesario. Todo ello a favor de las personas consumidoras, en pro de las tendencias *Kilómetro Cero*.
- El 56% de la manipulación de alimentos y del comercio al por menor está en manos de cinco empresas.

- El 95% del mercado de semillas de Europa está en manos de cinco empresas.
- Las tierras agrícolas de Europa están en manos de muy pocas personas.
- El Estado Español importa 80.000 toneladas de patatas del Reino Unido, y exporta 20.000 toneladas de patatas al Reino Unido.
- Las legumbres y frutas que consumimos recorren, de media, 5.034km antes de llegar a nuestros platos. Los piensos para alimentación de ganado recorren 7.901km antes de llegar a los comederos de los establos. Los garbanzos, el trigo, los melones y demás alimentos vienen de cada vez más lejos.
- El tercio de los alimentos que se producen se pierde antes de ser consumido, por lo que los alimentos se convierten en desecho.

Son los sistemas neoliberal, heteropatriarcal y globalizados los que agrupan gran parte de la responsabilidad de la crisis climática. Son los responsables de los bajos precios/sueldos que tantas veces hemos denunciado los y las agricultores/as, así como los responsables de las precarias condiciones laborales de las asalariadas y temporeras del campo, de la desaparición, en gran medida, de los y las pequeños/as agricultores/as y fuente del modelo excluyente al que nos vemos sometidas las mujeres agricultoras.

Los datos son aterradores: el 60% de las tierras agrícolas de Argentina, Bolivia, Brasil, Paraguay y Uruguay se emplea para el monocultivo de soja destinado a la exportación. El 77% de esa producción de soja se destina a la alimentación de ganado, y el resto al consumo de personas: producción de leche de soja o tofu, y creación de «biocombustible».

Lo mismo sucede en las plantaciones de palmeras de los parajes de África, para la extracción del aceite de palma empleado en multitud de alimentos procesados y como materia prima del biodiesel. Y la misma lógica productiva se sigue con la monocrianza de cerdos, pollos o terneros en Cataluña, Navarra o Estados Unidos.

Las medidas son tan excesivas, que la fauna de los bosques se reduce y se queda confinada en pequeñas superficies. Esa densidad facilita la proliferación y alteración de la carga viral y microbiana, facilitando su llegada a los seres humanos. Hay antecedentes de ello: El Ébola se transmitió de los murciélagos a las personas en un pueblo rodeado de palmeras en África, la gripe A y ahora el COVID-19.

Que, ¿cuál es el origen de la enfermedad? El origen es la avaricia e insaciabilidad del sistema capitalista heteropatriarcal que mantenemos y alimentamos entre todos y todas, pues pone a disposición de cada vez menos gente las tierras, minerales, recursos marinos, agua... y condena a las personas a la migración y la obediencia.

Debemos incidir en la necesidad de cambiar nuestras prioridades particulares y colectivas. Necesitamos representantes políticos valientes, que sean capaces de implantar, entre sus prioridades, la prevención de las pandemias provocadas por las políticas actuales y la articulación de respuestas para hacer frente a las situaciones de emergencia, más allá de la imposición.

Ideas, reflexiones y evidencias en pandemia

En tiempos de crisis ¿De dónde reducen gastos las personas que difícilmente consiguen hacer frente a los gastos de la luz, agua, casa, teléfono...? De la alimentación.

Se reduce en la alimentación, lo que provoca que se generalice la comida basura en la compra de las personas trabajadoras con sueldos de 1000 euros, en los bancos de alimentos, en los comedores gestionados con fondos públicos. La mala alimentación, las enfermedades relacionadas o asociadas a la mala alimentación y el consumo de medicamentos sostienen el sistema.

Resulta curioso que crisis originadas por el sistema producción-transformación-distribución y venta que tenemos quieran ser solucionadas con las mismas respuestas que las originan. Una mala alimentación tiene consecuencias directas en la salud, en el éxito escolar y en la igualdad de oportunidades. Condenar a una mala alimentación a aquellas personas que menos recursos económicos tienen: eso es violencia del sistema.

La función principal de las personas que trabajamos en la agroecología es producir alimentos saludables para la población. El reto principal es incidir en las políticas, para conseguir que, aunque puedan parecer incompatibles, las agricultoras y agricultores tengan garantizados unos ingresos dignos y la ciudadanía se alimente de forma saludable. Orientar la compra pública de alimentos (comedores escolares, centros de mayores, cárceles, bonos de alimentos...) a productoras y productores agroecológicas, podría llegar a garantizar el mantenimiento digno de multitud de

pequeños y pequeñas agricultoras facilitando el relevo y dignificando el trabajo de las mujeres agricultoras. En Europa, las explotaciones dirigidas por mujeres tienen, de media, 1,2 hectáreas, trabajan con modelos agroecológicos y reciben el 18% de las subvenciones destinadas a la agricultura en Europa.

Los cambios que la pandemia ha provocado en nuestros pequeños pueblos

Tras la expansión en las últimas décadas de la «fobia a lo rural» y el menosprecio a la naturaleza, hemos sido testigos, con sorpresa y preocupación, de que esa «fobia» se ha convertido, a causa de la pandemia, en el *boom* de lo rural. Está de moda mostrar la agricultura y elogiar a las personas del ámbito rural en los anuncios, las grandes cadenas de supermercados han hecho sitio a productos ecológicos, se hace propaganda de la importancia de ayudar a la pequeña agricultura... ¿Se huelen un nuevo mercado? ¿Qué plan habrán diseñado los gobiernos para la recuperación de las zonas rurales?

Cualquier proyecto no vale a la hora de recuperar las zonas rurales, por ejemplo, las macroexplotaciones industriales no sirven de excusa. Mucha gente con dinero suficiente para comprar una casa ha echado el ojo a los pequeños pueblos, sin ninguna intención de participar en la sostenibilidad de los mismos. A causa de ello, aumenta la especulación de viviendas y tierras, y disminuyen las opciones de quienes quieren vivir de la tierra, pues dificulta la adquisición de los recursos necesarios para abordar la actividad.

Nos alegra saber que se valora el trabajo de los y las productoras de alimentos a la vez que nos preocupa la posible invasión neoliberal de las zonas rurales. Ha quedado al descubierto lo importante que es que existan servicios en los pueblos, puesto que en multitud de pueblos pequeños se deben recorrer kilómetros para comprar pan, leche o papel higiénico. Asimismo, ha quedado en evidencia el ingente número de pequeños establecimientos que han desaparecido y han sido sustituidos por grandes superficies a kilómetros de distancia de los hogares. Todo ello ha dejado bien visibles nuestras dependencias y necesidades.

La alternativa de la tecnología da qué pensar

La pandemia ha dejado claro que las tecnologías no son neutras. De hecho, en el ámbito agrícola, la tecnología tiene forma de tractores potentes e inteligentes, siempre fuertemente relacionados con la masculinidad. La tecnología debe valer para mitigar el consumo, el esfuerzo y el impacto. Por lo tanto, debemos emplear la tecnología, pero no tiene por qué estar presente en todo momento; es decir, queremos la tecnología como vía para dignificar la vida, para conciliar, para garantizar la participación social y política.

Todas y todos hortelanas

La reivindicación ancestral de quienes somos parte del ecosistema de la huerta proclama que toda persona tiene derecho a producir sus propios alimentos. Por tanto, nos llena de alegría ver que tanta gente ha optado por poner su propia huerta, por comprar gallinas, que tiene ganas de aprender de la tierra, mancharse sus manos de barro, que está dispuesta a recuperar la agricultura, haciendo un esfuerzo por entender el ritmo de la naturaleza, por encima de prohibiciones absurdas... para locura de las personas dedicadas a la producción de planta y cría de pollitas.

Esta pandemia ha cambiado nuestra relación con la alimentación. ¿Hasta qué punto? ¿Hasta cuándo?

Y se decretó el confinamiento/toque de queda; la improvisación. Pero los alimentos no se improvisan, tienen su propio ritmo. Y el virus ha traído consigo las siguientes preguntas: ¿Quién te da de comer? ¿Quién quieres que te dé de comer mañana, y pasado mañana?

La pandemia de COVID-19 no ha cambiado la vida laboral en los caseríos; no ha traído heladas tardías; el granizo ha llegado igual en los viñedos de La Rioja; la hierba ha crecido temprana en las praderas; el calor ha pegado fuerte a vainas y tomates; los y las agricultoras han sembrado, plantado, escardado, cuidado, ordeñado del mismo modo, han cortado la hierba, hecho fardos y bolas... La comercialización, en cambio, ha sido muy distinta, tanto para mejor como para peor.

Y se decretó el confinamiento/toque de queda; los y las agricultores/as que vivían de proveer a hostelería, restaurantes y comedores tuvieron que reinventarse y hacer frente a grandes pérdidas. Y el consumo de pequeños establecimientos, cooperativas, grupos de consumo, economatos ha subido considerablemente.

Los mercados de agricultores/as se cerraron por decreto... Los y las agricultores/as recibieron llamadas de varias entidades relacionadas con BBK y administración, en las que solicitaban que «canalizaran los excedentes (aquellos que no permiten vender en los mercados) a los supermercados (Eroski)». Se generaron filas en los grandes supermercados, hubo que pasar controles para poder hacer los repartos, dar explicaciones y cambiar de sitio los puntos de reparto de grupos de consumo... Se aprendió por la vía rápida la venta online y venta por WhatsApp, se compartieron, se organizaron, y las redes de solidaridad consiguieron que se abrieran de nuevo los mercados. Nos ayudamos mutuamente. Dimos la bienvenida a las nuevas personas consumidoras, prestamos atención a aquellas personas que no tenían recursos. Mientras tanto, la Comunidad de Madrid repartía menús de Telepizza a estudiantes becados y becadas, y se recrudecían las condiciones precarias de 400 jornaleros y jornaleras en Huelva y Almería: sin mascarillas ni guantes; hacinados en chabolas, sin agua potable; en muchos casos sin contrato, a riesgo de ser multados por la movilidad... Si antes de todo esto ya trabajaban amontonados/as, en esta nueva realidad es aún más difícil atinar a trabajar en condiciones. Y, mientras tanto, el TAV seguía destruyendo tierras agrícolas en Atxondo. El 17 de abril fue el día de las luchas agrícolas, bajo el lema «Quédate en casa, no en silencio».

Y se decretó el confinamiento/toque de queda. Recuperar tiempo para la cocina, compartir el trabajo de cocina, sustituir los alimentos ultraprocesados e industrializados que llenan a diario las bolsas de la compra... ¿Y ahora qué?

Y se decretó el confinamiento/toque de queda. Los y las agricultoras han sentido el afecto de la sociedad, han sentido que las cosas pueden cambiar. Pero la administración sigue en sus trece; sigue el inmovilismo, diciendo una cosa y haciendo otra.

Cuando se posibilita una agricultura basada en la biodiversidad y la pequeña escala, se visibiliza a las mujeres, tanto a nivel individual como colectivo. En un planeta vivo, todas las vidas son importantes; la diversidad es importante.

Ahora más que
nunca debemos
prestar atención
al cuerpo

Ahora más que nunca debemos prestar atención al cuerpo

Mari Luz Esteban Galarza.

Profesora del Departamento de Filosofía de los Valores y Antropología Social en la Facultad de Educación, Filosofía y Antropología. UPV/EHU.

María Eugenia Rodríguez Palop (Gil, 2020) subraya que la pandemia ha precarizado y debilitado a las mujeres, porque son ellas las que están en la primera línea de los cuidados, pero, sobre todo, porque en las medidas oficiales no se han tenido en cuenta las consecuencias que dichas diferencias pueden generar. Eso sí, la crisis ha afectado más a unas mujeres que a otras, siendo las más perjudicadas aquellas que se están dejando la piel trabajando en centros de salud, residencias de mayores y en las casas (el 80 % son mujeres). Por mencionar un dato, entre el personal sanitario, las cifras de contagio registradas entre mujeres ha triplicado la de los hombres. Sin olvidar el sufrimiento emocional y psicológico, que está aún por contabilizar.

Tener en cuenta estas diferencias existentes entre las mujeres es básico para poder apoyar las quejas y protestas que se están dando en los ámbitos más afectados, aplicando también a la política una visión sindémica. A este respecto, puede ser interesante tener en cuenta las reflexiones y prácticas feministas que han ido surgiendo en los últimos años, en el ámbito de la violencia y la construcción de paz, con el fin de impulsar la justicia, el reconocimiento y la reparación. Un campo al que se podrían añadir ahora las reflexiones y prácticas relativas a esta nueva crisis.

Sin embargo, también podemos ir más allá. Lo reconozcamos o no, la pandemia ha afectado especialmente a los movimientos sociales y al movimiento feminista. No solo porque hayamos tenido que adaptar las reuniones y acciones de calle, o porque

una gran parte de la actividad diaria la estemos llevando a cabo en modo *online*, sino también porque los sentimientos de frustración, tristeza y soledad que se han extendido por toda la sociedad están incidiendo también con fuerza en nosotras, a pesar de que, al menos en apariencia, sigamos con nuestra vida y actividad pública. Y me temo que no estamos reflexionando lo suficiente sobre ello. La pandemia no está afectando solo a la posibilidad de juntarnos o a la capacidad de pensar críticamente, está afectando a la totalidad de la actividad política.

En los discursos de izquierdas y en los análisis feministas que se han generalizado en estos últimos meses, apenas se habla sobre la fenomenología de la crisis, sobre la transformación corporal-emocional que genera a nivel individual y colectivo. No tiene sentido subrayar una y otra vez la necesidad de análisis y acciones, sin prestar atención a las experiencias, vivencias y sensaciones íntimas. Y, a ese nivel, se aprecia una cierta parálisis, una cierta apatía, al menos en nuestro contexto.

Rodríguez Palop recuerda, asimismo, que si algo es el movimiento feminista es corporal, es decir, que las movilizaciones y la cercanía física entre las mujeres son uno de los ejes centrales de nuestra actividad. Por tanto, la distancia que la pandemia ha establecido entre los cuerpos repercutirá, inevitablemente, en la naturaleza del movimiento y en su articulación. Repetimos una y otra vez que nos abrazaremos, como si todo fuera eso. Pero eso no es más que una parte de la totalidad, y, además, corremos el riesgo de simplificar demasiado el encuentro, la proximidad, de sentimentalizarla en exceso.

Está claro que la distancia física es la medida necesaria para proteger a las demás personas y a nosotras mismas; una distancia que estamos intentando compensar con la hiperconexión digital, como estrategia para afrontar el vértigo que la desaceleración ha generado en el mundo. En el primer confinamiento, Teresa Rivera Garza escribió (2020): «Parece que estamos ahí, todos juntos, hablando y discuriendo, viéndonos, pero el cuerpo sabe que no estamos ahí. Esa disonancia agota». Amador Fernández Savater ha puesto el énfasis en la sensación de rareza que se ha adueñado de todos y todas en estos últimos tiempos, y ha escrito: «Estar raros es seguir vivos. Insistir en nuestras preguntas, malestares y deseos contra la normalización. Tratar de convertir todo ello en materia a elaborar para inventar un deseo nuevo, una nueva forma de vivir. Estar raros es defender nuestras preguntas, conservar las marcas que nos ha dejado la interrupción como algo precioso, disponernos a otra atención sobre nosotros mismos y sobre la realidad». Dicho de otro modo, sentirnos raras debería darnos la oportunidad de revisar y reorganizar la política.

De alguna manera, podría decirse que vivimos un proceso colectivo e individual de muda de piel, una reconfiguración general de los sentidos, emociones, sentimientos. Y tampoco a este nivel parece que vayamos a volver «a lo de antes». Por tanto, deberíamos analizar los detalles y las consecuencias de dicho proceso, sin pensar que todo cambio es negativo. Ahora, más que nunca, el cuerpo importa. Pero, de acuerdo con Baruch Spinoza (1980), podríamos decir que seguimos sin saber de qué es capaz el cuerpo. Y detrás de esa idea hay un potencial político que puede ser crucial.

Para analizar esto que estamos viviendo puede servir de ayuda tomar en consideración las aportaciones de la teoría del cuerpo y las emociones. En este sentido, me gustaría recordar lo que Valerie Walkerdine (2010) escribió en relación con su investigación sobre la desindustrialización de un pueblo de Gales. Dicha autora apunta que, en ese contexto, más allá del campo económico, se perdió el sentido de cohesión y se empobrecieron las relaciones sociales. Esther Bick (1968) subrayó la importancia que la piel tiene en la sensación de seguridad de los humanos, en relación con el contacto físico, la voz, los olores y los objetos conocidos, es decir, con el modo que las personas tienen de recuperar la seguridad cuando se sienten amenazadas. A eso lo llamó segunda piel, una piel psicológico-emocional. Walkerdine interpretó lo sucedido en la población galesa como pérdida de la segunda piel; como un proceso económico, fenomenológico e intersubjetivo.

¿No estamos también nosotras huérfanas de esa segunda piel? ¿Cómo se está reconstruyendo nuestra sensorialidad individual y social? ¿Qué consecuencias tiene eso a nivel político?

Basándonos en diversas/os autoras/es, podríamos decir que tanto la política como el activismo son fenómenos físicos, afectivos y dinámicos, donde las prácticas, afectos y discursos están estrechamente interrelacionados. Así, tanto nuestra propia subjetividad como nuestras organizaciones van transformándose, a nivel interno y externo, ampliando las posibilidades de cambio. A fin de cuentas, un movimiento no es más que una «fábrica de cuerpos», un espacio y un tiempo para adaptar y crear identidades, espacios, objetos y relaciones.

El escritor peruano Julio Ramón Ribeyro escribió que la distancia correcta para medir la belleza es la de la conversación (ver Egaña, 2020). Añadiría que la conversación es también la distancia correcta para medir la política, con todas sus particularidades, matices y circunstancias.

Prestar atención a la dimensión corporal y emocional es fundamental para entender qué efecto está teniendo la COVID-19 en el feminismo. Las respuestas y las nuevas preguntas también vendrán dadas por la pesquisa de los cuerpos.

Bibliografía

Bick, Esther (1968) The Experience of the Skin in Early Object Relations. *International Journal of Psychoanalysis*, 49:484–6.

Egaña, Andoni (2020) Tarteak.
<https://www.berria.eus/paperekoa/1881/023/001/2020-07-09/tarteak.htm>

Fernández Savater, Amador (2020) Estamos raros, contra la vieja y la nueva normalidad.
https://www.eldiario.es/interferencias/raros_132_6064094.html

Gil, Andrés (2020) María Eugenia R. Palop (Unidas Podemos): Los Estados son los grandes diques de contención de cualquier progreso en la Unión Europea (Entrevista).
https://www.eldiario.es/politica/maria-eugenia-r-palop-unidas-estados-son-grandes-diques-contencion-progreso-union-europea_1_6270204.html

Rivera Garza, Cristina (2020) Del verbo tocar. Las manos de la pandemia y las preguntas inescapables. *Especial Diario de la Pandemia*. México: UNAM.
<https://www.revistadelauniversidad.mx/articles/6428d816-f2cf-420d-977e-c9c0f8fc7427/del-verbo-tocar-las-manos-de-la-pandemia-y-las-preguntas-inescapables>

Spinoza, Baruch (1980) *Ética demostrada según el orden geométrico*. Madrid: Orbis.

Walkerdine, Valerie (2010) Communal Beingness and Affect: An Exploration of Trauma in an Ex-industrial Community. *Body & Society*, 16(1):91-116.

Lectura de la
pandemia desde
nuestro centro
de educación
infantil
y primaria

Lectura de la pandemia desde nuestro centro de educación infantil y primaria

Txiki Estivariz Martínez de Antoñana.

Diplomada en Educación Infantil y Graduada en Primaria con mención en Pedagogía Terapéutica. Actualmente es P.T. en la escuela Lakuabizkarra de Vitoria-Gasteiz.

Oihana Plazaola Ugarte.

Diplomada en Educación Infantil y Pedagogía Terapéutica. Actualmente es coordinadora de educación infantil de la escuela Lakuabizkarra de Vitoria-Gasteiz.

No es descabellado pensar que, al menos en nuestro entorno, el 8 de marzo de 2020 fue el día 0 del año de la pandemia. Aquel domingo, llegó con fuerza el día internacional de las mujeres, día que tanto se había pregonado en los últimos años; las reivindicaciones estaban encima de la mesa, los cuidados en el centro... Pero no fueron los únicos temas de aquel día; puesto que, en las últimas semanas, en otras partes del mundo estaba fuera de control la llamada COVID-19, y también aquí estaba entrando hasta nuestras cocinas, sin que nos diéramos cuenta de ello.

Eran los últimos suspiros de la realidad que habíamos conocido hasta el momento, y aquí seguíamos sumidas en la ignorancia.

Gracias a la sabiduría adquirida con el tiempo y la distancia, analizando aquellas primeras semanas, ahora somos capaces de resumir la situación de la siguiente forma: mucho teatro de parte de políticos/as, desconocimiento, decisiones contradictorias, numerosas prohibiciones... y, por parte del Departamento de Educación mucha propaganda, sobre todo en medios de comunicación, pero nada más que el silencio en las relaciones con el personal. Por otro lado, el nerviosismo era patente entre el

personal de diferentes colectivos del ámbito escolar; algunos/as veían sus trabajos en la cuerda floja; en cuanto a los y las niños/as, había tantas situaciones como familias; el tema de los cuidados estaba en el candelero; la sociedad temblaba ante la nueva situación... Y, claro está, como siempre, quisieron encontrar a los y las culpables y, tras la manifestación del 8 de marzo, responsabilizaron al movimiento feminista de la propagación de la pandemia.

En el ámbito escolar, todos y todas tuvimos que acertar a lidiar con lo que nadie había lidiado hasta entonces, con la tele-escuela. En tiempos de pandemia, nos tocó adecuarnos a las y los estudiantes desde casa. Es cierto que la situación era nueva para todos y todas, y que las personas del Departamento de Educación tampoco tenían referencias, pero respondieron muy lentamente y de forma superficial. Los y las trabajadoras de la escuela pública y, en general, las familias no sentimos ningún apoyo; la soledad imperó en nuestro camino. Hasta fin de curso, el Departamento de Educación no dejaba de hacer propaganda en favor de la digitalización; decían que todo iba bien, que no había por qué preocuparse.

Pero nosotras sí estábamos preocupadas, y mucho además.

Las personas de fuera del ámbito educativo –quienes atienden a los medios de comunicación– imaginarían a niños y niñas de 10 años en casa, con sus familias, ante un bonito ordenador y haciendo sus trabajos sin ninguna dificultad. Pero quienes trabajamos en este ámbito sabemos que la escuela es un espacio de diversidad, y que todos los miembros del alumnado tienen sus propias necesidades. Quien más quien menos, todos y todas tienen necesidades especiales, y eso no se puede arreglar a través del ordenador. El alumnado necesita la escuela, y los y las profesores/as necesitamos a los y las estudiantes en la escuela, para poder garantizar el proceso educativo en su totalidad, es decir, para poder trabajar, además del ámbito académico, los ámbitos sociales, emocionales... tan necesarios en nuestro campo. Por otro lado, tampoco se habló del alumnado de Educación Infantil.

Mientras veíamos y leíamos todo eso en los medios de comunicación, una familia de la escuela solicitó la tarjeta para Internet, la cual nunca llegaron a recibir. También sabemos que no todo se puede arreglar con un ordenador, por lo que optamos por enviar material básico a más de un hogar (pinturas, juguetes, cuentos...). Sin embargo, la realidad nos dio una buena sacudida ¡cuando una familia nos pidió comida!

Así las cosas, quedó claro que la sociedad tenía un serio problema. Los niños y las niñas estaban en casa, quienes tenían que ir a trabajar no podían dejar a sus hijos/as con sus abuelos y abuelas como hasta entonces, ni con otras personas en situación de riesgo. El cuidado de las personas mayores tampoco fue más fácil; en muchos casos, se hicieron cargo de esos cuidados, aún teniendo mucho miedo de poder contagiarles. Por lo demás, no debemos olvidar que también hay tantos tipos de cuidados como necesidades, los cuales se encuentran fuera del núcleo familiar: amistades, vecinos/as, compañeros/as de piso... Todo ello dejó en evidencia el asunto de los cuidados, que durante tanto tiempo habíamos reivindicado desde el ámbito feminista. Y, en ese panorama, la realidad que vislumbramos en un futuro cercano debería de ofrecernos nuevas leyes y oportunidades, las cuales nos ayudarán a gestionar aquellas situaciones que se nos plantean difíciles.

En nuestra escuela no todo iba bien, la tele-escuela comenzó a perder adeptos, sentíamos a algunas familias cada vez más lejos; según pasaban las semanas, el cansancio iba haciendo mella entre los y las estudiantes, así como entre las personas que se encargaban de esos cuidados en sus casas (mujeres en la mayoría de los casos). De hecho, fueron ellas las que mantuvieron el contacto con el centro escolar, quienes enviaron los trabajos, aclararon las dudas, y dieron las explicaciones a los niños y niñas. El alumnado comenzó a perder el interés; la digitalización no era suficiente, los medios analógicos tampoco proporcionaban mayores oportunidades, y, mientras tanto, los miembros del profesorado trabajábamos sin descanso, adaptando las programaciones para conseguir los objetivos mínimos del curso. Y, como suele decirse a menudo, el papel todo lo soporta, pero la realidad no suele ser tan fácil.

El final de curso fue muy significativo: realizamos una simple reunión con el alumnado, para despedirnos. Vimos a muchos y muchas alumnos/as mal; sabíamos con anterioridad que muchas casas no eran seguras para los y las niños/as, pero el simple recuerdo de sus caras aún nos estremece. Atendiendo a los datos que se han hecho públicos, suponíamos que entre nuestro alumnado habría quien sufriría malos tratos etc.; no teníamos ningún medio para ayudarles y, además, llegaba el verano.

Es costumbre que el personal docente aproveche el verano para descansar, para cargar las pilas de cara al próximo curso. Pero este último año no ha sido así; nos habíamos desmoronado, sabíamos que en septiembre tendríamos que volver a lidiar con la gestión de la pandemia, y, a pesar de que muchos/as creíamos que tendríamos que volver a la tele-educación, por suerte no ha terminado siendo

así. Gracias a todos los cambios que el personal y, sobre todo, el alumnado hemos implantado, la escuela es, según parece, un espacio seguro. Pero, ciertamente, debemos decir que el alumnado ha perdido mucho: la oportunidad de moverse libremente en el centro y en el patio; de jugar, aprender y relacionarse con los y las niños/as del resto de clases; de aprender compartiendo el material en grupos; etc.

Aún no sabemos cuánto durará esta pandemia, ni qué dirección tomará, y ya estamos viendo, en este curso 2020-2021, las lamentables consecuencias que el confinamiento está dejando en el alumnado. En muchos hogares han sufrido violencia machista, y eso lo hemos visto y escuchado con nuestros propios ojos y oídos. La situación es grave, puesto que la violencia se está dando de muchas maneras (psicológica, física...). A pesar de que el personal docente y educativo hemos hecho todo lo que estaba en nuestras manos, no ha sido suficiente, puesto que esos niños y niñas siguen sin la protección necesaria. El sistema pone muchos obstáculos para poder establecer las medidas necesarias, lo que nos enfurece infinitamente.

Se podría decir que la totalidad de los y las estudiantes del centro tienen necesidades especiales, más aún tras el confinamiento. El Departamento de Educación ha decidido proporcionar las mismas ayudas en todos y cada uno de los casos, sin tomar en cuenta el perfil de cada estudiante, ni el Índice Socioeconómico y Cultural (ISEC) del centro. En relación al euskera, no existe recurso complementario alguno; seguimos con lo mismo que hasta ahora, en el mejor de los casos, con una figura de Personal de Refuerzo Lingüístico (PRL) a media jornada en cada centro. En muchos casos, el contacto con el euskera se limita estrictamente a las relaciones del ámbito escolar, lo que se traduce, en zonas no euskaldunes, en un gran retroceso en lo que a la capacidad y uso del euskera se refiere. Pero poco o nada ha hablado el Departamento de Educación sobre eso.

La educación pública debe garantizar igualdad de condiciones para todo el alumnado, pero hasta ahora no ha sido así (ni mucho menos), a causa de los insuficientes recursos personales y materiales que se han destinado al efecto. Si no ponemos remedio ahora y no destinamos más recursos a la educación pública, en la sociedad vasca del futuro existirán cada vez mayores desigualdades; para evitarlo, es fundamental ampliar la inversión que se viene destinando a la educación.

Nos ha quedado claro que al Gobierno Vasco no le interesa la educación pública; pero, para que el capitalismo siga funcionando, hace falta que las escuelas sigan

abiertas, que las familias puedan ir a trabajar, y que los cuidados estén garantizados. Al Departamento de Educación no le importa el proyecto educativo de nuestros centros, ni nuestra metodología, ni el esfuerzo personal y material que hemos venido haciendo estos últimos años para transformar las escuelas.

Este último año ha sido muy raro; se ha dado un importante retroceso en muchos aspectos, pero no todo ha sido negativo, puesto que también hemos podido sacar conclusiones positivas de todo esto. Siempre nos hemos quejado de que las reivindicaciones no deben ser puntuales, de un solo día, que debe ser un trabajo que se realiza día a día. Sin embargo, esta vez, mientras estábamos confinados y confinadas, tuvimos ocasión de trabajar importantes reivindicaciones puntuales de un único día, como el 17 de mayo, día contra la LGTBIQ+ fobia, en el que hicimos llegar a las familias los valores del centro y recursos de todo tipo: cuentos, canciones, películas, etc.

También este curso hemos hecho otras reivindicaciones puntuales, como el 25 de noviembre, día en el que realizamos en el centro sencillas acciones, y el 8 de marzo, que, como siempre, celebraremos con fuerza y ganas en las calles, casas y escuelas.

En este preciso momento de la pandemia, y con lo poco que sabemos, nos vemos en situación de hacer esta pequeña lectura: somos conscientes de que nuestras opiniones cambiarán a medio plazo, pero, desde el feminismo, seguiremos trabajando a favor de una escuela pública, inclusiva, igualitaria, diversa y euskaldun.

En el sector
de la limpieza,
ser esenciales
sirve para
boicotear nuestro
derecho a la
huelga

En el sector de la limpieza, ser esenciales sirve para boicotear nuestro derecho a la huelga

Ana Fernández Goienaga (sobrenombre).

Auxiliar de clínica y trabajadora del sector de la limpieza.

Charlamos con una trabajadora de 50 años del sector de la limpieza de la UPV/EHU sobre el impacto que tiene la irrupción de la pandemia en sus condiciones laborales. Por miedo a represalias –por parte de la empresa– nos pide que no proporcionemos sus datos personales.

Esta trabajadora tuvo su primer contrato en el año 1991, formada como auxiliar de clínica optó por el sector de la limpieza porque en ese momento los contratos en sanidad eran muy precarios. Comenzó en la universidad con un contrato de un año que se convirtió en indefinido, eso sí, subcontratada. Ya en 1991 el sector de la limpieza de la UPV/EHU estaba privatizado, externalizado, circunstancia que se valora a lo largo de esta entrevista como el problema central del sector.

Según su experiencia, la universidad es un espacio más amable que lugares como Osakidetza que actualmente, debido a la pandemia, son espacios muy estresantes al igual que las comisarías de la Ertzaintza que son espacios hostiles. Sin embargo, los centros educativos en general son los mejores sitios y, en particular, las escuelas ya que las trabajadoras tienen contratos de fijas-discontinuas, esto es, trabajan 10 meses al año y dos meses están desempleadas y reparten las vacaciones en semana santa, navidad y carnavales.

Esta trabajadora cuando se declaró el sector de la limpieza como esencial inmediatamente pensó «Menudo marrón nos han metido porque vamos a estar trabajando en primera línea y esto no va a implicar ni un aumento de sueldo ni un reconocimiento, nada: no vamos a tener derecho ni a hacer una huelga —como así ha sido—».

En cuanto a las condiciones laborales en estos momentos de expansión de la pandemia, asegura que están trabajando con mucha inseguridad:

«Las mascarillas me las tengo que comprar yo y los guantes no son especiales para mesas o sillas: contamos con un único par para todas las superficies». Asegura que no tienen protección suficiente ni tienen refuerzos suficientes al tener poco personal y con escasa formación; todos estos males los achaca al hecho de la subcontratación, nadie tiene un EPI, porque la empresa no reparte mascarillas».

Cuentan con un protocolo general y uno específico para cada centro y/o laboratorio pero con medidas muy laxas. Por ejemplo, el material para desinfectar lo preparan las propias trabajadoras: mezclan agua con lejía y utilizan jabón exclusivamente para los inodoros. Antes de la pandemia, se limpiaba la misma superficie que ahora una sola vez y tras el mes de marzo se debe hacer dos veces, desinfección incluidas manillas, botones de ascensores, etc., eso sí a coste cero. «Para esto nos sirve ser esenciales» sentencia «para trabajar el doble por el mismo precio y que la protección corra a nuestro cargo».

En cuanto a las bajas, estas se cubren a partir del segundo o tercer día triplicando la carga de trabajo de las trabajadoras. En sus propias palabras «No nos dan las horas de la jornada para hacer la limpieza y desinfección que se exige en los protocolos anticovid». No se está aumentando la plantilla, se llevan a cabo prácticas propias de la privatización: en lugar de contratar a una persona a dedicación completa, se contratan dos personas a tres horas cada una se supone que para la pura desinfección, el trabajo añadido que ha impuesto la pandemia.

«Que nadie se crea que el 100% de la facultad está desinfectado con este tipo de contrataciones en precario y con una plantilla muy pequeña».

Hablamos sobre la huelga que neutralizó la crisis socio-sanitaria en marzo, con una previsión de cinco semanas de huelga en la UPV/EHU: se sienten siempre

respaldadas por los y las estudiantes, sin embargo, la UPV/EHU no apoyó la huelga, por parte de los sindicatos perciben apoyo pero de manera muy discreta.

«Para la UPV/EHU somos invisibles, solamente se dan cuenta de que existimos cuándo queda algo sin limpiar, cuando hay una emergencia o cuando se convoca una huelga». Una única vez la universidad apoyó una huelga de la limpieza en 1990, esta huelga la recuerda como histórica porque el porcentaje de huelguistas fue muy alto y el rector hizo una declaración a favor de las reivindicaciones y se consiguió cumplir con la mayor parte de la tabla de reivindicaciones. Y ahora las autoridades universitarias deberían hacer lo mismo:

«Si nosotras no venimos a limpiar no se pueden dar clases ni investigar ni hacer ningún trámite, por tanto, somos parte importante de la comunidad universitaria».

Hablamos también de las luchas del movimiento feminista por visibilizar las empleadas domésticas y el sector de la limpieza y de los cuidados. Esta trabajadora percibe el apoyo del movimiento feminista para que las empleadas del sector de la limpieza mejoren sus condiciones laborales. Los sindicatos, por su parte, están haciendo su labor; ahora bien, los partidos políticos —a su juicio— no se implican en su lucha.

«No se nos puede seguir considerando el último escalafón de la pirámide porque si la pandemia ha evidenciado algo es que somos el primer escalón, hay que transformar esto porque van a venir más pandemias. Tenemos que denunciar más y más a las empresas».

Ella sostiene que el de la limpieza es un trabajo digno, lo que no son dignas son las condiciones. ¿Qué medida sería la más adecuada para que sea percibido por el conjunto de la sociedad?

En palabras de la entrevistada:

«Conocernos y reconocernos: por ejemplo, el mejor momento puede ser una huelga para que se nos atiendan y que comprueben que son puntos que se reconocen en el convenio y no se cumplen: cuando se va a una huelga es porque ya no queda otra, la UPV/EHU tiene que mediar y si no cumplen, hay que penalizar a las empresas».

En el sector de la limpieza, el patriarcado también goza de muy buena salud, al igual que en otras esferas laborales: no se nos reconoce este trabajo porque históricamente las mujeres hemos limpiado de manera gratuita, además, los puestos de más categoría (peones especialistas, encargados, cristaleros) son ocupados por varones de manera sistemática, habitualmente llegados de otro sector. Hace décadas, cuando se quedaba vacante un puesto de encargada, se ofrecía a la trabajadora de más antigüedad, ahora esta buena práctica ya no se realiza: «Desde que las contratas pueden hacer favores colocan a familiares, vecinos, amigos».

«Las mujeres siempre somos las paganas de todo, no es por revictimizarnos pero el machismo impera en nuestro sector: todos los puestos de mando son ocupados por varones, todos tienen jornadas completas mientras las mujeres tienen contratos de cuatro o de tres horas».

En el ámbito de la salud laboral, las enfermedades más comunes son las de la columna y lumbares así como las manos, codos, hombros. Además de este tipo de dolencia ligada con el esfuerzo físico, llama mucho la atención los numerosos casos de estrés y depresión entre las trabajadoras del sector de la limpieza.

«Yo creo que la falta de valoración nos deprime a las trabajadoras de la limpieza, ni siquiera nos reconoce el trabajo el encargado, no hay ni siquiera un «gracias». La única enfermedad que se reconoce en el sector de la limpieza es el túnel carpiano debido a gestos repetitivos. Hay gente que tiene cargas de trabajo brutales. Se queda insatisfecha porque entiende que hay que trabajar bien y se deprime por la presión laboral, te frustras y te estresas, además sentirte invisible es muy duro, no se valora el trabajo que realizamos y esto día a día te va minando».

Las luchas sindicales y las estrategias en el sector de la limpieza son muy duras porque no tienen impacto social, están invisibilizadas: «Ni los medios de comunicación, ni la administración ni las empresas» «Es como si todo estuviera conchabado». El margen de maniobra es muy pequeño, señala la entrevistada:

«Ahora como somos esenciales los servicios mínimos son del 100% de la plantilla, la pandemia ha agravado nuestras dificultades para llevar a cabo una huelga. Y cuando se dictan servicios del 30% o 50% implican que hay que hacer toda la limpieza y desinfección en ese tiempo. En serio, ¿un 30% va a limpiar toda la UPV/EHU?».

Nos preguntamos por qué en este sector no existe apenas formación específica. Según esta profesional, debería ser necesaria para, en primer lugar, conocer los productos y a nivel organizativo, conocer los pliegos de contratación.

«Los cursos que nos dan son muy superficiales. Tenemos que hacer cursos de prevención de riesgos laborales, el cómo cuidarnos para poder trabajar porque es mucho esfuerzo físico y acabamos dañándonos la columna, el hombro. Manejar los carros es difícil porque desplazamos 25 kilos en esos carros».

Visibilidad, reconocimiento, privatización de servicios esenciales, en sus palabras:

¿Cómo es posible que llevemos casi seis años sin firmar un nuevo convenio?, ¿por qué las empresas incumplen sistemáticamente los pliegos de condiciones? ¿Por qué no se controla desde las instituciones públicas a las empresas de limpieza? ¿Realmente es más barato para la administración pública subcontratar?

Tenemos la solución: publicación del servicio del sector de limpieza, luchemos por ello compañeras. Un ejemplo para finalizar: las trabajadoras de las diputaciones forales que son empleadas públicas tienen 1060 m² para limpiar, en la UPV/EHU tenemos cerca de 2000m² por trabajadora.

Queremos agradecer a Eurne Larrañaga Quijano el haber realizado la entrevista y confeccionado el guión.

Feminismo y
sostenibilidad
en salud como
hojas de ruta
para afrontar con
éxito la pandemia
de COVID-19

Feminismo y sostenibilidad en salud como hojas de ruta para afrontar con éxito la pandemia de COVID-19

Lucía Gallego Andrés.

Profesora de Microbiología Médica e Investigadora,
Facultad de Medicina y Enfermería. UPV/EHU.

En diciembre del 2019 saltó la alarma mundial con la aparición en Wuhan, China, de un brote de neumonía grave que se transmitía de una forma muy rápida y cuyo origen era un virus zoonótico denominado SARS-CoV-2. Desde entonces el mundo se ha sumido en una situación de catástrofe sanitaria global que ha puesto también en jaque no solo a los sistemas de salud pública, también al sistema económico y político mundial. La destrucción de ecosistemas y la economía depredadora de recursos naturales están favoreciendo que virus que permanecían aislados en sus reservorios animales, entren en contacto con los seres humanos causando pandemias como esta de tan graves consecuencias, y no será la última si no ponemos remedio cuanto antes.

Desde el comienzo de la pandemia COVID-19 hemos podido comprobar cómo los derechos en salud de las mujeres han quedado relegados y que desigualdades ya puestas en evidencia durante las últimas décadas se han incrementado. Parece que nunca es el momento adecuado, haya pandemia o no, para intervenir e incorporar la perspectiva de género en el área de la salud. Sin embargo, el abordaje de la crisis desde el modelo actual del patrón masculino como norma a seguir donde los comités de «expertos» que toman las decisiones están liderados y compuestos mayoritariamente por hombres, está dificultando la posibilidad de encontrar soluciones adecuadas a la crisis porque es precisamente este modelo el origen del problema.

Las desigualdades en salud se han identificado en diferentes contextos, especialmente en los siguientes:

En primer lugar, infradiagnóstico de COVID-19 en mujeres dado que con frecuencia muestran síntomas como dolor de garganta, vómitos y diarrea, sintomatología distinta a la de los hombres y hacia la que se dirigen todas las pruebas diagnósticas. En consecuencia, ¿cuántos casos no han sido diagnosticados y no aparecen en las estadísticas? ¿Cuántas mujeres no han sido hospitalizadas? ¿Se han tenido en cuenta los casos comunitarios con contacto estrecho con casos de COVID-19? Porque aquí el número es significativamente mayor de lo que se está teniendo en cuenta.

En segundo lugar, investigación científica sesgada. Está demostrado que las desigualdades en salud se asientan en una investigación científica que genera conocimiento sin suficientes evidencias al no incluir un número representativo de animales hembra en los experimentos ni de mujeres en ensayos clínicos. Incluso cuando se hace, los resultados no se analizan ni se discuten con esa perspectiva. En la era COVID-19 este problema se ha agravado debido a la «tiranía de lo urgente» permitiendo la publicación rápida de muchos artículos sin la revisión adecuada y que muchos ensayos de fármacos y vacunas se hayan acelerado flexibilizando los requisitos para su puesta en circulación. Esta misma semana saltaba a la luz una carta del Centro de Transfusión de la Comunidad Valenciana rechazando la donación de plasma de una mujer tras haber superado la COVID-19 con la disculpa de que el ensayo era sólo para varones que hubieran pasado la enfermedad... ¿Bajo qué criterio se considera innecesaria la información del proceso de la enfermedad en las mujeres?

En tercer lugar, invisibilización y ocultación de datos estadísticos de mortalidad y morbilidad que no incluyen datos separados por sexo con lo que carecemos de esa valiosa información. En los estudios que lo han hecho y con datos de distintos países se constata que la prevalencia por sexo y el número de casos en mujeres aumentó a partir de las dos semanas después del confinamiento. En nuestro país a los dos meses de comenzar la pandemia aumentó la cifra de infecciones en mujeres hasta superar a la de hombres, y el mismo patrón se observó en otros países europeos. El valor de esta información está siendo ignorada por

el Ministerio de Sanidad, al cual se le ha pedido desde la comunidad científica, sin éxito hasta el momento, hacerlos públicos. El Gobierno Vasco que desde el comienzo de la pandemia lo hacía en sus boletines diarios, dejó de hacerlo desde finales del año 2020 a partir del cambio en la consejería de salud como resultado de las elecciones.

En cuarto lugar, escasa presencia de expertas en medios de comunicación y autoras de publicaciones científicas. Según datos publicados en prensa las horas semanales que las científicas dedican a trabajar en sus publicaciones ha caído de 6,2 a 1,6, las de los hombres han subido de 7 a 8,1. Entendiendo que esas horas se han dedicado a tareas de la esfera personal se deduce que los hombres incluso las han abandonado todavía más y aprovechan el momento para posicionarse de una manera ventajosa generando más desigualdad. Dado que las publicaciones son clave para el desarrollo profesional, la brecha que esta situación está generando es mayor de la ya existente.

En quinto lugar, las mujeres, mayoritarias en el área de cuidados tanto como profesionales como en el ámbito doméstico, están en primera línea de exposición al virus y también han resultado más vulnerables a la violencia y pobreza. El aumento de la violencia de género y la dificultad de acceso a servicios de salud en todo el mundo, la mayor probabilidad de perder empleo, el aumento de las tareas de cuidados no remunerados y efectos en la salud general y mental de las mujeres está afectando de manera dramática su calidad de vida.

Y por si todo lo anterior no fuera suficiente, hay que añadir el fenómeno de la sobreinformación y de las *fake news* que gracias a las redes y medios de comunicación difunden a una velocidad inimaginable una avalancha de informaciones muchas veces no contrastadas y sin suficientes evidencias definitivas que han arrastrado incluso a la comunidad médica y científica. Las revistas científicas y webs han acelerado la publicación en aras del «conocimiento» publicando masivamente resultados preliminares que en otros momentos no pasarían el filtro de control de calidad requerido. La revista Nature ha alertado que incluso se están citando artículos que han sido finalmente retirados de publicación. Así nos encontramos con afirmaciones contradictorias que en muchos casos niegan o tergiversan evidencias científicas, especialmente sobre el efecto de los factores sexo y género en la pandemia.

De hecho, se minimiza el efecto de la enfermedad sobre las mujeres basándose en la idea de que las mujeres enfrentamos mejor las infecciones. En consecuencia, pasamos a un segundo plano a la hora de tenernos en cuenta para el diseño de medidas de prevención y desarrollo de métodos diagnósticos y tratamientos adecuados. Incluso se transmite la sensación de que el virus «respeta» a las mujeres negando primero su efecto devastador y tergiversando después las evidencias en contra para apoyar esta afirmación.

Los estudios científicos que se han realizado con perspectiva de género nos dicen que:

1. Las muertes por COVID-19 que se describen más frecuentes en hombres van asociadas a factores de riesgo subyacentes como hipertensión, enfermedades cardiovasculares y pulmonares de base, obesidad, tabaquismo y abuso de alcohol. De hecho, en las hospitalizaciones, y en las UCIs, el número de hombres es superior al de mujeres aunque las cifras varían según los países, pero el exceso de mortalidad esperado y las secuelas siguen siendo superiores en mujeres que en hombres. Dado que, como ya se ha comentado anteriormente muchos casos en mujeres no han sido diagnosticados y no aparecen en las estadísticas, ¿Cuántas mujeres no han sido hospitalizadas? ¿Cuántas muertes no se han contabilizado?
2. Está generalmente aceptado que nuestro sistema inmune nos protege al poner en marcha respuestas más potentes. Sin embargo, puede suponer también una desventaja porque las respuestas exageradas producen una mayor frecuencia de enfermedades autoinmunes, tendencia a reacciones inflamatorias excesivas y reacciones adversas a terapias inmunológicas y vacunas que no están desarrolladas ni pensadas con perspectiva de género. De hecho, los fenómenos inflamatorios son más frecuentes en mujeres en edad adulta pero más en hombres adolescentes y ancianos. El efecto «positivo» de los estrógenos también es discutible ya que aumentan la producción de anticuerpos por las células B pero disminuyen la citotoxicidad mediada por células NK. Está claro que el sexo biológico imprime una clara diferencia en la respuesta pero que no hay evidencias demostradas que justifiquen pensar que las mujeres tenemos una ventaja biológica a lo que hay que añadir que precisamente el aspecto inflamatorio, clave en la respuesta frente al SARS-CoV-2, es en el que menos investigación diferenciada por sexo se está desarrollando.

3. La bibliografía revisada muestra que no se está teniendo en cuenta las diferencias sexo/género para el diseño de pruebas diagnósticas y tratamientos. Este problema es extensible al desarrollo de vacunas donde siguen sin incluirse suficientes animales hembra y mujeres en ensayos clínicos, lo que impide tener información científica veraz sobre la respuesta, efectos secundarios, adaptaciones de dosis y efectos a largo plazo y evitar las graves consecuencias que esto tiene sobre la salud de las mujeres.
4. Infecciones víricas como HIV, Gripe, Ébola, Zika, etc. son más frecuentes en mujeres que en hombres y evolucionan peor con lo que no se puede afirmar que los virus «respetan» a las mujeres intentando minimizar su devastador efecto.

En conclusión, está claro que el feminismo y la sostenibilidad deben ser factores a incorporar de manera urgente al abordaje de la pandemia para aportar soluciones eficaces que corrijan desigualdades y permitan así alcanzar la salida de esta crisis sanitaria de una manera más eficaz, sostenible y justa. Y el momento es ahora... nos va la vida en ello...

De cuando
la pandemia
intensificó
la brecha
de género
y la invisibilidad
del cuidado

De cuando la pandemia intensificó la brecha de género y la invisibilidad del cuidado

Nahia Idoiaga Mondragon.

Profesora del Departamento de Psicología Evolutiva y de la Educación.
Facultad de Educación de Bilbao, UPV/EHU.

Hace poco leí en un artículo que, en épocas de confinamiento, la proporción de primeros artículos de autoría femenina ha disminuido a nivel académico. En concreto, el análisis de la revista 60.000 dejó en evidencia que en mayo disminuyó en 7 puntos la proporción de mujeres en relación con la de los hombres, mientras que en los últimos cuatro años la proporción de publicaciones femeninas había aumentado de forma continuada (Frederickson, 2020). Esto es, proporcionalmente, los hombres han podido continuar en sus tareas investigadoras con mayor normalidad que las mujeres. A mi entender, queda claro que la razón (o una de las razones principales) de ello es que, en tiempos de confinamiento, hemos sido las mujeres las que hemos tenido que soportar la carga del cuidado (de menores, mayores, personas dependientes, etc.).

Ante la sospecha de que en la repartición de las labores de cuidado la brecha era aún grande, preguntamos a unas 1.000 familias de Euskal Herria cómo habían gestionado el cuidado de los y las hijos/as durante el confinamiento de marzo y abril. Pretendíamos analizar la forma en que la carga de los cuidados de los y las niños/as influía en mujeres y hombres. A pesar de que participaron familias muy diversas, nuestro objetivo era analizar si esa labor de cuidados recaía en las mujeres (madre, madres, tutoras, etc.) o en los hombres (padre, padres, tutores, etc.). Los resultados fueron significativos: el 40,1 % de los y las participantes manifestó que solo la madre (o las madres) se ocupaba del cuidado de los y las niños/as de la casa, mientras que solamente un 4,7 % respondió que solo el padre (o los padres) se ocupaba. Asimismo, a la pregunta de si alguien había cambiado su situación laboral durante

el confinamiento (reducción de jornada, teletrabajo, excedencia, etc.), en el 32,1 % de los hogares solamente las mujeres solicitaron un cambio de situación laboral, mientras que en el caso de los hombres fue el 11,3 %.

Sin embargo, es cierto que muchas de nosotras continuamos trabajando, y que la totalidad de los y las profesores/as de todos los niveles hemos sentido que hemos trabajado más que nunca, sin horarios, sin distinguir entre días laborales y festivos, y, sobre todo, sin tener muy claro si estábamos llegando correctamente a aquellas personas que teníamos al otro lado de la pantalla, para poder garantizar una educación de calidad. Nos dijeron que era fundamental seguir transmitiendo contenidos, enviando trabajos, ofreciendo las clases online... Pero nuestro sistema educativo se bloqueó, puesto que no teníamos los recursos necesarios para cuidar a nuestros y nuestras alumnos/as. Durante aquellos largos meses del comienzo de la pandemia, los agentes educativos no acertamos a poner en el centro las vidas de aquellas personas más vulnerables, para garantizar una educación de calidad. Gran número de estudiantes que vivían situaciones de violencia y exclusión quedaron sin nuestra protección, y otros muchos se sintieron desbordados por la pandemia, sumidos en una desprotección anímica.

Pero esas contradicciones, esos problemas relacionados con los cuidados no los vivimos solo en el ámbito profesional; también en las casas fue un problema patente. ¿Dónde quedaban los cuidados de las personas de casa en ese continuo deber de trabajar al 100 % (o, en ocasiones, al 200 %)? ¿Cómo compaginar el trabajo, los cuidados y, en muchos casos, el deber de convertirnos en educadores/as de los y las de casa? No creo que haya sido la única que haya participado en reuniones virtuales mientras daba pecho, la única que haya apagado o enfocado la cámara a la cara para dar clase mientras tenía a la criatura en brazos; tampoco creo que haya sido la única que ha tenido a su hija al lado haciendo los deberes, mientras trabajaba virtualmente; ni la única que ha optado por encenderles la tele a los y las niños/as para poder hacer el teletrabajo de marras.

Y, claro, soy consciente de que estoy hablando como persona privilegiada, desde los privilegios de una mujer nacional y blanca que tiene garantizados un trabajo y sueldo dignos. Sin duda hay, entre nuestros y nuestras vecinos/as, personas que se han visto obligadas a elegir entre el cuidado y la comida. Hace poco, una amiga pediatra me contaba que una madre le había rogado que no confinara a su hijo, porque la echarían del trabajo si no se presentaba, y su supervivencia dependía de los ingresos que le proporcionaba ese trabajo. Es decir, nos han pedido que cuidemos,

como si los cuidados pudieran proporcionarse de forma automática o apretando un botón. Pero ni el cuidado ni la educación se dan por sí solas, a pesar de que hayan sido invisibilizadas durante mucho tiempo. Los cuidados y la educación necesitan de tiempo, espacios y compromisos.

Durante estos meses he recordado muy a menudo la lectura que Euskal Herriko Bilgune Feminista hizo al hilo de las protestas del 8 de marzo de 2020. En aquellos días previos a la pandemia, que se nos antojan tan lejanos, reivindicaban lo siguiente: «Aquí también nos hablarán de feminismo, a pesar de que los gobiernos no atiendan al movimiento feminista ni tengan en cuenta la responsabilidad política de los cuidados. Mientras que no se tomen compromisos concretos e integrales, mientras que no se financien y establezcan criterios no serán más que palabras vacías. Porque no atienden a la raíz. ¿Qué hay, pues, en la raíz? En la raíz, estamos las mujeres* que destinamos 20 horas más a los cuidados y cobramos, de media, un 30 % menos, las que somos más pobres en tiempo. En la raíz, está la brecha salarial, y están los trabajos invisibilizados» (http://bilgunefeminista.eus/eu/Berriak/20200308/Errotik_dena_aldatzeko_ari_gara).

Y así ha sido: nos han hablado de los cuidados, nos han pedido que cuidemos unas de las otras, que nos cuidemos, que cuidemos a los/las más pequeños/as, que cuidemos a las personas mayores... pero ¿dónde estaban las políticas en favor de los cuidados? Al cuidado nunca se le ha reconocido la importancia que le corresponde, y ha quedado más claro que nunca en estos tiempos de pandemia. No hemos tenido espacio para los cuidados, no ha habido y sigue sin haber apoyo político para los cuidados, tampoco recursos que posibiliten esos cuidados tan necesarios. Por tanto, ante la falta de recursos, una gran cantidad de mujeres hemos tenido que responsabilizarnos de esa carga social, a pesar de las dificultades.

Volvamos, pues, nosotras mismas también a las raíces, luchemos por poner los cuidados en el centro de la vida. Luchemos para que se valore el cuidado colectivo que proporcionamos los y las profesoras/as, y para que los colectivos más vulnerables puedan contar con nuestro apoyo cuando así lo necesiten. ¡Luchemos para que se reconozcan políticamente los momentos para el cuidado, y para que se implementen, de una vez por todas, las políticas activas que sean necesarias para amparar los aspectos económicos y sociales de los cuidados! Es un reto importante; pero si algo nos ha enseñado esta pandemia, es lo importante que es poner la vida en el centro.

Chernobyl, el fin del mundo y la escuela

Chernobyl, el fin del mundo y la escuela

Josebe Iturrioz López.

Licenciada en Filosofía, actualmente
trabaja de profesora de Enseñanza Secundaria.

Las primeras escenas de la serie televisiva Chernobyl muestran perfectamente lo que es la negación de la evidencia. Tras la explosión del reactor en la central, un ingeniero (un hombre con poder) exige a los hombres jóvenes que vayan al núcleo de la explosión para examinar la zona y resolver qué es lo que ha pasado; no sé cuántas veces llega a enviar a jóvenes trabajadores al núcleo de la radiación, a constatar una verdad que se niega a aceptar. Finalmente, esa verdad «la radiación» acaba con los trabajadores. En lugar de admitir el fracaso, en lugar de admitir que el reactor de la central ha explotado, envía a los trabajadores, uno a uno, a una muerte inevitable, al suicidio radiactivo. Por eso, he decidido llamar «efecto Chernobyl» a este problema que se encuentra también en el mismísimo centro de nuestra sociedad: la negación de la evidencia.

Los primeros días del confinamiento seguí con atención los discursos de los y las responsables políticos, y analicé, en general, toda la información que teníamos disponible; no encontré muchas verdades en todo eso. No digo que todas las personas expertas que hemos visto en la televisión hayan mentido, sino que no se han dado las condiciones necesarias para poder aclarar todo lo que nos vino encima. Necesitábamos una profunda reflexión para poder entender las características de esta pandemia, para poder entender su naturaleza y la nuestra propia. En concreto, necesitamos una profunda reflexión para poder avanzar.

Estamos sumidas en una crisis de conocimiento, pues ya nadie respeta las evidencias. Aristóteles definía así la verdad: la verdad es la adecuación que se hace entre aquello que se dice y la realidad en sí. Es decir, lo que decimos debe acercarse a la realidad, tiene que coincidir con la realidad. Por tanto, lo más importante de todo es que la verdad recaea, fundamentalmente, en el valor que se da a una frase o conjunto de frases. El valor. He aquí, pues, nuestro otro conflicto: una crisis de valores; una crisis de los valores judeocristianos, culo-limpios y neoliberales; una crisis que evita el acercamiento y la adecuación con la realidad. Hoy en día no se persigue la verdad; es más fácil mentir, pues las mentiras se difunden más rápidamente y generan más éxito. Para acercarse a la verdad, se necesita, al menos, un debate entre diferentes puntos de vista y entre diferentes ámbitos de conocimiento; no un debate puntual, sino un debate largo y profundo que se centre en el núcleo de la crisis. Así nos daremos cuenta de que el optar por querer saber la verdad es una decisión moral y ética. Es decir, la verdad no es algo que se encuentra en un momento concreto; al contrario, es algo que precisa de una búsqueda continua. Pero, ¿cuál es la verdad? Como mínimo, la verdad es que el ser humano no quiere comprender la realidad; no busca un acercamiento, ni una adecuación. Queremos la normalidad; preferimos vivir en un mercado de bienes, en lugar de en el cuidado de la vida.

Desde el confinamiento, nuestra sociedad se ha militarizado visiblemente, se han generalizado las metáforas de guerra: nos movemos con salvoconductos, tenemos toque de queda, los pueblos se sitúan en zonas rojas, nos reprimen para nuestro bien. Se ha establecido la vigilancia entre las personas: pocos vecinos y vecinas, y demasiados/as espías. Mientras tanto, seguimos negando la evidencia que tenemos ante nuestros ojos: puede que nos encontremos ante el último conflicto entre la vida y el capitalismo. El mundo en sí se está agotando, pues no hay ecosistema capaz de soportar al ser humano. De hecho, eso mismo es lo que significa el capitalismo: expropiación, robo y explotación de la tierra y, de paso, de la vida en sí.

Vivimos cegadas en ese afán por seguir adelante, y nos decimos que todo volverá a ser como antes, en un intento desesperado por poner fin a este confinamiento selectivo e interminable. Entre tanto, seguimos alimentando la lógica del capitalismo: vamos a trabajar, si es que tenemos trabajo; volvemos a casa; hacemos compras; tomamos ansiolíticos y antidepresivos; y seguimos adelante. Debemos mantener la economía, debemos seguir adelante. Nos hemos tragado, de forma totalmente acrítica, el discurso hegemónico de la pandemia. Mientras rezamos para que esta pesadilla acabe cuanto antes, hemos dejado la salvación en manos de la industria farmacéutica, cada cual a la espera de su vacuna. Pero no, ni dios, ni las farmacéuticas nos van a salvar.

Porque el capital y su lógica patriarcal son totalmente contrarias a la salvación. Con la pandemia hemos empleado las mismas herramientas de debate que se han usado en otras muchas situaciones, de nuevo en el punto central de la polarización. Si muestras una actitud crítica para con la proclamación hegemónica, enseguida te tachan de *negacionista*, de *terraplanista* de la pandemia. Puede que tengamos una actitud crítica, al menos en teoría; pero, en la práctica, en cuanto nos fijamos en los comportamientos ajenos, no tardamos en condenar a la juventud por juntarse en exceso, no tardamos en aceptar los protocolos implantados en el ámbito educativo, ni en considerar necesaria la severidad del sistema disciplinario, así como su consiguiente persecución. Prevalen el acecho y la vigilancia. El feminismo lleva años reivindicando la necesidad de poner el cuidado en el centro y, finalmente, vemos cómo el castigo y la vigilancia han vencido en esta crisis sanitaria, la más cruda de las últimas décadas.

¿Cuántas veces hemos oído que la educación es fundamental en la transformación social? Por desgracia, la educación actual se limita a programar a autómatas, para satisfacer las necesidades de esta sociedad. En marzo, cuando se estableció el confinamiento, poco a poco vimos que la educación es un pilar económico, puesto que los niños y niñas debían ir a la escuela, para que sus padres, madres y tutores/as pudieran seguir haciendo frente al trabajo diario. Ahora vuelven a estar en los centros educativos, en escuelas llenas de normas y restricciones. Los contenidos no han cambiado, tampoco los objetivos; debemos programarlos, haciendo que el alumnado engulla los conocimientos que corresponden a su curso. Juegan bajo una estricta vigilancia en los patios, sin poder juntarse con niños y niñas de otros cursos, con restricciones de todo tipo, y con un tiempo limitado para disfrutar del exterior. Están condenados a repetir el mismo círculo vicioso que las personas adultas: de casa a la escuela, de la escuela a casa, hacer los deberes, estar confinados/as, seguir trabajando en casa, aprobar los exámenes, dejar la vida de lado.

Raramente se detiene el programa para explicar lo que significa la violencia estructural. No les hablamos de las relaciones de poder. El alumnado tiene pocas oportunidades de entender sus propias condiciones materiales. No pretendo responsabilizar de todo al personal docente, puesto que solo somos una pieza más del engranaje y, por tanto, no tenemos muchas opciones.

La violencia directa entre los chicos ha aumentado notablemente, mientras que entre las chicas se han multiplicado los casos de anorexia y bulimia. Para muchas

personas, sus casas y escuelas se convierten en cárceles insoportables. Nos gusta imaginar a las familias como entornos libres de conflicto; pero así no hacemos más que huir de la realidad, alejarnos de la misma. No todas las casas son seguras para los niños y niñas, pues pueden ser fuente de diversos tipos de violencia: malos tratos, violaciones, abusos... La escuela no está preparada para identificar todos esos tipos de violencia y, aun identificándolos, si se da con algún caso grave, quedan pocas posibilidades de gestionar el conflicto: la vía psiquiátrica, o los servicios sociales. Nuestras instituciones crean víctimas, aíslan a las personas que tienen problemas y, así, nos vemos condenados/as a sufrir en soledad todas las violencias de esta sociedad. No podemos gestionar los problemas de forma colectiva. No podemos llamar a esos problemas por su nombre: capitalismo, heteropatriarcado, moral judeocristiana, militarización. Por ejemplo, en tiempos de pandemia, ha habido quien, en lugar de fortalecer la educación pública, ha optado por defender las ikastolas privadas, en nombre de nuestro pueblo y nuestra identidad. No quieren que sus hijos e hijas tengan relación con toda esa violencia estructural. El dinero y la segregación protege a sus hijos e hijas blancos/as y euskaldunes; así no tienen por qué mezclarse con la mierda ajena.

Mientras controlamos y delatamos a las personas que no se colocan la mascarilla correctamente, nos olvidamos de atender a la mano capitalista y patriarcal que acaba con la vida y sus recursos. Desde diferentes movimientos, incluido el feminismo, llevamos años anunciando la llegada de una crisis civilizatoria. Mientras tanto, las sociedades siguen representando el teatro de la normalidad, pero no podemos alargar por mucho más tiempo esta performance de falsa normalidad. Hacen falta cambios radicales. No hay tiempo para relajarse y quedarse a la espera de tiempos mejores, pues no van a llegar. Este escenario distópico no nos traerá ningún futuro satisfactorio. En este contexto, me viene a la memoria Valerie Solanas y el inicio de su manifiesto SCUM. Permitidme la adaptación: en esta sociedad, a las feministas dotadas de sentido de la responsabilidad y a otros organismos insumisos les queda una –solo una única– posibilidad: destruir el sistema patriarcal, luchar fervientemente contra el capitalismo y poner los cuidados realmente en el centro.

La crisis del
COVID desde
la Economía
Feminista

Reflexiones en torno a la crisis COVID desde la Economía Feminista

Mertxe Larrañaga Sarriegi.

Profesora del Departamento de Economía Aplicada I,
en la Facultad de Economía y Empresa de la UPV/EHU.

La crisis originada por la pandemia es la segunda gran crisis económica del siglo XXI. La primera, la Gran Recesión, comenzó como crisis financiera y, entre sus consecuencias, destacaríamos dos: los recortes en los servicios públicos y el aumento de las desigualdades socioeconómicas. La crisis que comenzó en 2007 fue internacional y, a pesar de su gravedad, no trajo consigo ningún cambio en modelo económico. La presente crisis económica, en cambio, ha sido originada por un problema sanitario inesperado, estalló antes de que se pudieran reparar los efectos de la primera y ésta sí es verdaderamente global.

Sabemos que en la actualidad el mercado laboral está segregado por sexo: hay muchos empleos en los que la participación de mujeres y hombres está cuantitativamente equilibrada pero aún hay empleos masculinizados (sobre todo los industriales, la construcción y el transporte) y otros muy feminizados (por ejemplo el empleo doméstico, la salud y la educación). En general, cuando se analizan las crisis desde una perspectiva de género, se concluye que, mientras persista la división sexual del trabajo, los efectos también serán diferenciados. Dado que las crisis económicas se convierten en crisis de empleo, la mayor parte de los análisis se centran en sus consecuencias en el empleo de hombres y mujeres y dan mucha importancia a la evolución de la tasa de paro.

El enfoque de los informes y artículos publicados recientemente es similar. Así, muchos estudios subrayan que la pérdida de empleo es mayor entre mujeres que entre hombres y, por lo tanto, a diferencia del *crack* financiero anterior que fue

inicialmente clasificado como *mancession*, la crisis actual sería una *shecession* (*she+recession*). Sin embargo, no conviene generalizar ese tipo de afirmaciones, puesto que las diferencias territoriales son grandes. Por ejemplo, según los datos publicados por Eustat, en la CA de Euskadi el paro ha aumentado tanto entre mujeres como entre hombres pero ha subido más la de los hombres: a finales de 2019, la tasa de desempleo de los hombres era de 8,8% y la de las mujeres de 10,3% (brecha de 1,5 puntos) y un año después los datos eran de 11,5% y 10,8% respectivamente (brecha de -0,7).

Nuestro objetivo no es desarrollar un análisis cuantitativo; por un lado, porque tendría que ser necesariamente un análisis a muy corto plazo. Por otro lado porque, a pesar de que todas las crisis suelen tener unas características que les son propias, la actual es muy particular y resulta especialmente idónea para realizar algunas reflexiones generales tomando como base la Economía Feminista.

Desde un punto de vista teórico, cabe decir que esta pandemia ha traído consigo el reconocimiento de muchos planteamientos de la Economía Feminista (EF). Entre las reflexiones teóricas, hace tiempo que se viene subrayando la importancia de desplazar del centro del análisis los mercados y los beneficios, y poner la vida en el centro. Esta pandemia ha dejado en evidencia de forma muy dramática esa necesidad de poner la vida en el centro, puesto que sin vida no hay crecimiento, no hay beneficios, no hay nada. Y ha evidenciado también la fragilidad de la vida, la necesidad de cuidarla y de cambiar las prioridades económicas.

A pesar de que tomar conciencia de esa necesidad es positivo, debemos especificar de qué vida y de la vida de quién hablamos. Por desgracia, no hay duda de que todas las vidas no valen lo mismo: a la hora de adquirir productos hay grandes diferencias entre los países desarrollados y aquellos en vías de desarrollo, la edad se ha convertido en un factor discriminatorio a la hora de tratar a las personas, y la clase social resulta crucial, por ejemplo, al analizar los efectos de la pandemia.

Por otro lado, respecto al tipo de vida, el objetivo es conseguir una vida digna y de calidad y para que tanto las generaciones actuales como las siguientes vivamos bien, tendremos que estar bien cuidadas tanto las personas como la naturaleza. Por lo tanto, el hecho de poner la vida en el centro requiere poner los cuidados en el centro. Y, para cuidar a las personas, son imprescindibles tanto los trabajos remunerados como los no remunerados.

En ese sentido, esta crisis ha servido para tomar conciencia sobre la importancia de los trabajos no remunerados. Históricamente, han sido las mujeres las que se han responsabilizado de estos trabajos y este hecho está en la base de muchas desigualdades socioeconómicas. Desde hace ya algunas décadas, la división sexual clásica del trabajo (hombres en el mercado «ganándose el pan», y las mujeres en casa «cuidando») no es la dominante, pero los trabajos domésticos y el cuidado de las personas del hogar siguen siendo responsabilidad de las mujeres. La EF ha hecho una labor importante a favor de la visibilización y el reconocimiento de los trabajos no remunerados, recordando, eso sí, que el objetivo final de ese reconocimiento y esa visibilización es lograr un reparto más equitativo de los mismos.

Hace años que, en parte gracias a los avances tecnológicos, el tiempo dedicado a los trabajos domésticos se está reduciendo. Esta crisis pandémica ha mostrado que lo contrario también es posible. Durante el confinamiento de la primavera de 2020, aumentó la carga de los trabajos domésticos y de cuidados, sobre todo, tras el cierre de las escuelas y los centros para personas mayores. Desconocemos quién asume la sobrecarga de trabajos cuando los tiempos de trabajos no remunerados aumentan. Lo que sí sabemos es que las desigualdades de género en ese ámbito son importantes, y ello a pesar de que se observa una tendencia a la baja de las mismas. De hecho, en 2018, en la CA de Euskadi, las mujeres dedicaron diariamente una hora y 49 minutos más que los hombres a los trabajos domésticos y de cuidados no remunerados.

Los ciclos de los cuidados de las personas se han sostenido, sobre todo en los hogares y con el trabajo no remunerado de las mujeres, pero no podemos olvidar que los hogares no son los únicos espacios de cuidado. También se cuida fuera de casa y en estos cuidados mercantiles intervienen el sector público, las empresas y las entidades de la economía social y solidaria. La Organización Internacional del Trabajo incluye, entre los empleos de cuidado, los y las trabajadoras de la sanidad, la educación, el trabajo social y las trabajadoras del hogar. Son todos ellos sectores muy feminizados, imprescindibles para poder garantizar el bienestar de las personas y el correcto funcionamiento del sistema.

Para que las personas puedan vivir una vida digna, una vida que merezca la pena ser vivida, es fundamental que cada persona sea capaz de organizar su propia vida, y, para ello, es necesario tener la capacidad de vivir una vida larga y saludable, la capacidad de recibir una educación de calidad y la capacidad de acceder a los recursos necesarios para garantizar un nivel de vida digno. Obviamente, los sectores de la salud y la educación son absolutamente imprescindibles para poder vivir una

vida larga y saludable y para acceder a una educación de calidad. En este ámbito, es muy peligroso dejar estos sectores en manos de empresas privadas que trabajan únicamente con la lógica de los beneficios, aunque desgraciadamente, ésa ha sido la tendencia que ha guiado los recortes de los últimos años.

Por otra parte, no cabe duda de que el empleo es la vía principal para acceder a los recursos que garantizan un nivel de vida digno. En consecuencia, para poder tener una buena vida, se necesitan unas condiciones laborales y un sueldo dignos. Y en tiempos de confinamiento quedó patente la magnitud de la precariedad y vulnerabilidad actuales, pues la falta de dos meses de sueldo ha sumido en la pobreza a mucha gente. Tanto es así que a nivel estatal, según Intermon Oxfam, la COVID-19 ha aumentado en un millón el número de pobres (la pobreza extrema ha pasado del 9,2% al 10,9%, mientras que la pobreza relativa ha subido del 20,7% al 22,9%).

La precariedad no es un fenómeno que haya surgido en el siglo XXI, pero indudablemente la crisis financiera anterior contribuyó a agravarla notablemente. En general, las crisis perjudican especialmente a las y los trabajadores precarios, por ejemplo a quienes no tienen contrato, o quienes tienen contratos temporales y/o trabajan a tiempo parcial. Parece lógico pensar, que esta vez también ha sido así y, por lo tanto, cabe pensar que entre el colectivo más perjudicado habrá muchas mujeres puesto que su precariedad es especialmente elevada.

En el ámbito del empleo, la pandemia ha acelerado numerosos procesos que ya estaban en marcha, por ejemplo el teletrabajo. Aunque aún es muy pronto para analizar las consecuencias del teletrabajo, es indiscutible que plantea numerosos retos, entre otros, en los ámbitos normativos y de la conciliación. Algunas consecuencias serán, indudablemente, positivas. Así, los desplazamientos disminuirán y ello tendrá consecuencias beneficiosas en el medio ambiente y liberará tiempo para dedicar a otras actividades.

En relación a la conciliación, hace ya tiempo que se constató la necesidad de implantar medidas que ayuden a compatibilizar la vida familiar y laboral, pero también se ha visto que, en la práctica, esa conciliación recae casi exclusivamente en las mujeres. Es posible que el teletrabajo impulse la corresponsabilidad, pero aún se desconocen sus consecuencias en este campo. Además, tampoco podemos saber qué tipo de problemas podría acarrear la realización en un mismo espacio físico de los trabajos mercantiles y los no mercantiles.

Desde un punto de vista práctico, la Economía Feminista persigue una sociedad y una economía justas y sostenibles, es decir, tiene como objetivo cambiar el modelo actual. En ese sentido, no es realista pensar que la crisis provocada por la COVID vaya a romper de raíz con este modelo económico. Es cierto que se han generado expectativas de cambio pero es muy posible que, también esta vez, las expectativas no se cumplan. Es más, tampoco podemos descartar que se acaben implantando medidas en la dirección equivocada. Tal y como sucedió en la Gran Recesión, también ahora se está produciendo un notable proceso de endeudamiento. Es verdad que en esta ocasión, hasta ahora, la gestión ha sido muy diferente al menos en Europa; pero la experiencia nos enseña que, tarde o temprano, tras del endeudamiento llegan los recortes y que, habitualmente, esos recortes se centran en ámbitos que son competencia del sector público.

Por otro lado, entre las medidas en la dirección correcta, queremos subrayar las dirigidas a reducir las desigualdades. Probablemente lo más adecuado sería reducir las desigualdades de renta en su origen, pero, en su defecto, convendría impulsar políticas de redistribución, es decir, medidas fiscales progresistas. De hecho, un sistema fiscal realmente progresivo, repercutirá positivamente en la mayoría de las mujeres, puesto que éstas no suelen concentrarse en los colectivos más ricos. Por lo tanto, consideramos innegable que la justicia fiscal promueve la igualdad de género.

Si se pretende conseguir un cambio de modelo, debería abandonarse la idea del crecimiento sin límites y, por tanto, abandonar también el Producto Interior Bruto como medida y único objetivo de la economía. A fin de materializar dichos cambios, la investigadora Kate Rawthorn ha propuesto el concepto de «Economía rosquilla», según la cual los países deben mantenerse en una «zona justa y sostenible». Esa zona se sitúa entre una base social (círculo interior) y un techo ecológico (círculo exterior). De ese modo, la actividad económica satisfaría las necesidades de todas las personas, sin rebasar en ningún momento los límites medioambientales. Entre esas necesidades sociales se distinguen las materiales (agua, energía, alimentos y vivienda), las básicas (educación y salud), y las sociales (paz, justicia, equidad social, participación política e igualdad de género). Y, para conseguir la igualdad de género, vivimos un momento adecuado para situar de verdad los cuidados (los remunerados y los no remunerados) entre los objetivos políticos y económicos reales.

Las invisibles en tiempos de pandemia

Las invisibles en tiempos de pandemia

Marta Macho Stadler.

Profesora de Geometría y Topología en la Facultad de Ciencia y Tecnología de la UPV/EHU.

«Los virus no entienden de clases sociales». Esta frase se repetía constantemente al principio de la pandemia que comenzó a principios del año 2020. Teóricamente, cualquier persona parecía expuesta de manera similar a ese agente infeccioso. Sí, teóricamente. Pero según pasaban las semanas, esta percepción fue cambiando.

No es lo mismo vivir en una casa con dormitorios y otros espacios individuales, que vivir en una habitación compartiendo cocina y baño con personas extrañas. No es lo mismo tener la posibilidad de teletrabajar que no tenerla por falta de medios o por la naturaleza de tu actividad. No es lo mismo acudir al trabajo en tu propio vehículo que ir en transporte colectivo... por supuesto, si tienes trabajo. Si no lo tienes, a lo mejor no es posible alimentarte bien o sustentar a las personas a tu cargo con comida saludable para que su sistema inmunológico intente esquivar ese virus que nos acecha.

Y, por supuesto, no es lo mismo ser hombre o mujer en tiempos de pandemia. Las mujeres han soportado la carga de las responsabilidades en las semanas del confinamiento, cambiando en muchas ocasiones horas de descanso por horas de trabajo para finalizar sus tareas. Las mujeres han sido mayoría entre el personal que ha atendido a las personas enfermas en centros sanitarios, soportando una enorme tensión física y emocional.

La ciencia ha estado más presente que nunca en medios y en conversaciones informales. Y lo ha estado porque la única estrategia para acabar con contagios y muertes debidas al SARS-CoV-2 es disponer de vacunas. Durante estos meses nos han acompañado mensajes procedentes de personas expertas en epidemiología, explicando qué debíamos hacer para evitar propagar la enfermedad. A veces nos han parecido contradictorios. Una semana se nos decía que las mascarillas no eran necesarias, a la siguiente que sí... Esto algo normal cuando, a contrarreloj, se está intentando frenar la velocidad de transmisión de una epidemia. En ciencia, se conjetura teniendo en cuenta los datos disponibles, se trabaja alrededor de estas ideas, se busca, se contrasta y, a veces, se falla. Cada desacierto abre otras vías para intentar explicar y solucionar los problemas que se plantean. Así funciona la investigación. No hay nada que reprochar a las supuestas equivocaciones cometidas.

¿A cuántas mujeres especialistas en epidemiología o virología hemos visto durante estos meses aparecer en medios explicando qué estaba sucediendo y cómo atenuarlo? A pocas, a muy pocas. Una de las pocas ha sido **Margarita del Val**, una prestigiosa viróloga que ha hablado muy claro, explicando sin tapujos cómo se comporta un virus y cuál es la manera de frenar su avance. ¿Por qué los medios consultan a menos mujeres expertas? En parte porque utilizan la vía fácil, recurren a los contactos habituales que acceden rápidamente a responder. Se llama a menos mujeres como especialistas en temas de ciencia y, también es cierto, ellas rechazan con mayor frecuencia las entrevistas. Quizás sea por prudencia ante datos poco contrastados, quizás por miedo a la exposición pública, quizás por temor a las reacciones de sus colegas o quizás por un menor afán de protagonismo. En ciertos foros, los egos de algunos científicos o divulgadores han conducido a propagar mensajes confusos o alarmistas. Creo sinceramente que con más mujeres expertas interpeladas, la comunicación habría sido más clara. Saliendo un momento del ámbito de la ciencia, recordemos la manera de transmitir mensajes en tiempos de pandemia por parte de Sanna Marin (primera ministra de Finlandia), Jacinda Ardern (primera ministra de Nueva Zelanda) o Angela Merkel (canciller alemana): primaban en sus comunicados la cercanía, la contundencia y la empatía frente a los mensajes habituales de muchos de sus colegas varones, cargados de consignas centradas en el lenguaje «bélico».

Muchas mujeres han cuidado a personas enfermas y muchas han contribuido a encontrar las vacunas que van a conseguir que la pandemia se controle. Entre tantas invisibles, me gustaría citar a tres mujeres que simbolizan los cuidados (a

través de las mascarillas), la investigación básica (aludiendo a la primera imagen de un coronavirus) y el éxito del esfuerzo colectivo (a través del descubrimiento de vacunas efectivas).

Sara Little Turnbull (1917-2015) fue la inventora de las predecesoras de las FFP2, esas mascarillas autofiltrantes utilizadas para la protección personal. Esta diseñadora industrial decía que, en realidad, ella no había inventado nada, solo había mejorado un producto ya existente. Lo cierto es que, a partir de la copa de un sujetador, probó con hombreras y otros trozos de prendas para conseguir unas mascarillas más ligeras y flexibles para el personal sanitario.

En 1967 **June Almeida** (1930-2007) fue la primera persona que, a través de un microscopio electrónico, vio cómo era un coronavirus. June no tenía titulación universitaria, pero trabajó como aprendiz en varios laboratorios en el Reino Unido, donde aprendió a utilizar esos microscopios electrónicos que desvelarían la estructura de muchos virus. Cuando se incorporó al equipo del virólogo David Tyrrell, ese grupo de investigación trabajaba en el resfriado común. Uno de los virus que estudiaban (el «B814») era similar al de la gripe, pero no conseguían cultivarlo en laboratorio. Allí entraron en juego los conocimientos y las habilidades de Almeida: analizó las muestras que le proporcionaron mediante un método propio (hoy en día aún utilizado por muchos investigadores) y su microscopio electrónico reveló la primera imagen de un coronavirus.

En la mayor parte de las vacunas que conocemos se introduce el agente infeccioso atenuado o desactivado (o una proteína del mismo) para que nuestro sistema inmunitario genere anticuerpos que lo protegerán contra futuras infecciones. En el caso del coronavirus que provoca la COVID-19, las vacunas empleadas no introducen virus ni proteína de virus, sino una molécula de ARN que se encarga de enviar las instrucciones para que las propias células produzcan la proteína que debe activar nuestras defensas. Estas vacunas se basan en las investigaciones de la bioquímica **Katalin Karikó** (1955) cuya vida investigadora se ha centrado en intentar comprender cómo las moléculas de ARN podrían enviar instrucciones a las células para curar (no para inmunizar). En los años 1990 sus ideas eran demasiado innovadoras y sus propuestas fueron rechazadas sistemáticamente. Las cosas cambiaron cuando el inmunólogo Drew Weissman le pidió que colaborara con él en su intento de encontrar una vacuna contra el SIDA usando la técnica de ARN mensajero ideada por Karikó. En 2010, Moderna, una empresa dedicada a la investigación del tratamiento de enfermedades infecciosas, compró los derechos

sobre algunas patentes registradas por Karikó y Weissman. Y la empresa BioNTech adquirió otras, esta vez para desarrollar vacunas contra el cáncer. Ambas empresas son conocidas en este momento por su contribución al desarrollo de vacunas contra la COVID-19; ambas utilizan la tecnología de ARN que Karikó se empeñó en desarrollar a pesar de los continuos rechazos.

Quiero finalizar lanzando un gran aplauso de agradecimiento a todas las científicas invisibles que no abandonan sus ideas a pesar de las zancadillas que puedan encontrar en sus caminos. Sin sus contribuciones pioneras la ciencia no habría conseguido muchos de sus logros. Y, sobre todo, quería enviar un reconocimiento caluroso a todas las mujeres invisibles que nos cuidan. ¡Gracias!

**Brecha digital:
la brecha social
de toda la vida**

Brecha digital: la brecha social de toda la vida

Saioa Osés Monzón.

Licenciada en Ciencias Políticas y de la Administración y Graduada en Lenguas Modernas, actualmente trabaja de profesora de Enseñanza Secundaria.

En el momento en el que el Gobierno Vasco decretó el pasado 12 de marzo de 2020 el cierre de los centros escolares, en nuestro instituto gran parte del alumnado había dejado de acudir a clase. Los días anteriores familias atemorizadas habían ido al centro a exigir que este se cerrara, corría un rumor por el barrio; el virus se había expandido por culpa del instituto. Las familias argumentaban que sus hijos e hijas tenían graves problemas respiratorios y que el virus suponía una grave amenaza para su salud, por ello, habían decidido no enviarlos a clase.

La situación de miedo, inseguridad, pánico que se vivía en aquellos días se unía al desconcierto de un equipo directivo y claustro de profesoras/es que tenían que preparar material de trabajo para un número indefinido de días con nulos recursos informáticos y telemáticos y escaso material bibliográfico puesto que el alumnado había dejado de acudir a clase y el material escolar lo tenían en el aula (había terminado el segundo trimestre y no se había comenzado materia nueva, por lo tanto no había nada que estudiar, ni deberes que realizar).

La decisión que se tomó fue la de encargar al conserje del instituto la ingente tarea de fotocopiar material para 15 días de las 11 asignaturas que cursa cada alumno/a. Como si de una cadena de montaje se tratara el profesorado fue clasificando en una carpeta de cartón finita el trabajo asignado a cada alumno/a y poniendo una etiqueta con su nombre y apellidos. La idea inicial era que las familias pasaran al día siguiente

a recoger el material para que sus hijas e hijos tuvieran asegurado trabajo para quince días aproximadamente y no perdieran la rutina escolar que tanto les cuesta adquirir cada comienzo de curso.

El día de recogida de material nunca llegó, puesto que los centros educativos se cerraron a cal y canto. Así que surgía un nuevo desafío para garantizar el derecho a la educación de este alumnado que, si en una situación de «normalidad» está bastante maltratado por su coyuntura familiar, social y económica, imaginaos cómo es en un escenario de pandemia desconocida y «apocalíptica». El equipo directivo diligentemente decidió que ese material tenía que llegar de una manera u otra al alumnado, así que recurrió a contratar un servicio de mensajería privado sufragado con los recursos económicos de los que dispone el centro, pensad que abundantes no son, puesto que se trata de un instituto público de medio socio-económico desfavorecido no, desfavorecidísimo. Cabe añadir que durante este tiempo tan estresante el equipo directivo voló sin red de protección alguna, es decir, ninguna instancia educativo-administrativa superior se ofreció a prestar su ayuda a un centro educativo de circunstancias tan particulares. Añado ahora, y lo repetiré en varias ocasiones, que durante el periodo que duró el confinamiento el alumnado del centro no recibió ningún tipo de recurso informático ni de conexión WI-FI por parte del Departamento de Educación del Gobierno Vasco (apenas llegaron cuatro tarjetas WI-FI para conectar a la nada). La única ayuda a la que pudieron acceder fue gracias a la red de apoyo que se impulsó en colaboración con la dirección del instituto, de entidades sociales y asociaciones que diariamente y desde hace años intervienen en el centro.

El confinamiento se alargaba más de esos primeros quince días anunciados con cuentagotas por el Gobierno. Por lo tanto, era necesario idear un plan a largo plazo que pudiera garantizar la tan manida, grandilocuente y vacía de contenido frase: derecho universal a la educación. Por lo tanto, se decidió que el profesorado subiera a una plataforma digital, no es necesario dar nombres ni publicitarla puesto que bastante omnipresente está en el ámbito de la educación, todo el material necesario para trabajar cada asignatura por un período de quince días. Os recuerdo que la tarea para el profesorado también era ingente puesto que había que digitalizar todos los materiales para que posteriormente pudieran fotocopiar y enviarse nuevamente por mensajería al alumnado cada quince días.

El equipo directivo y los jefes y jefas de Departamento acordaron que el alumnado tenía que entregar diariamente la tarea recibida con el objetivo de mantener un

orden, una rutina y evitar la desconexión total con sus estudios. Y aquí viene la madre del cordero (redoble de tambores): cada alumno/a debía enviar diariamente por mail y desde su correo electrónico del centro una foto de la tarea hecha en papel al mail de cada profesor/a de la asignatura correspondiente. Parte del alumnado, en su mayoría los y las que tenían acceso a internet y se encontraban en los cursos superiores, respondieron sin problema a este nuevo desafío de precariedad digital. Sin embargo, había alumnado que no se sabía su contraseña de correo del centro y si me apuras ni la dirección correcta, había otros/as que la enviaban desde su cuenta de correo personal, y el resto directamente no enviaba nada porque en casa solamente había un móvil y con uso limitado de datos. Hay testimonios directos de tutoras que invirtieron una tarde entera intentando explicar por teléfono cómo se enviaba un mail. Esto es la brecha digital, estimadas lectoras que no es más que la consecuencia directa de la brecha socio-económica.

Debido a que esta iniciativa no dio los resultados deseados, el equipo directivo decidió con muy buen criterio, y para preservar la intimidad de las tutoras del centro, proporcionar a cada una de ellas una tarjeta de móvil, para mantener un contacto diario con el alumnado y sus familias. Se trataba no solo de realizar un seguimiento académico sino también conocer cuál era su estado anímico y emocional.

Pese a que no había clases online por circunstancias obvias, las tutoras y profesorado del instituto no se tocaron las narices como mucha gente prejuiciosa y desinformada afirma. La rutina despeinada de todas las mañanas consistía, por un lado, en enviar mensajes de WhatsApp o mail al móvil de las familias o del propio alumnado (previo consentimiento de sus familiares) para que se despertaran a una hora prudencial y con el ánimo necesario para afrontar el día y sus tareas escolares. Todas las mañanas, enviaban a sus tutorandos/as mensajes de WhatsApp tipo: «Egun on! ¿Qué tal has dormido hoy? Ánimo con el día ya es hora de que te levantes y entregues algo al profe de historia, porque me ha comentado que llevas días sin hacer nada». «Son las nueve de la noche y todavía el profe de historia sigue sin recibir nada, te estás jugando la asignatura».

Otra de las grandes rutinas y que haría merecedoras a las tutoras de una convalidación «Cum Laude» del máster de logística, Big Data, y demás mamandurrias informáticas era a primera hora de la mañana, clasificar los innumerables mensajes de WhatsApp recibidos por la noche con las tareas de las 11 asignaturas que cursa nuestro alumnado, clasificarlo y reenviárselo al profesor/a correspondiente para que lo corrigiera y volvérselo a reenviar con las correcciones pertinentes. Parece ser que durante la

pandemia nuestro alumnado adquirió hábitos de artista existencialista a quien le llega la inspiración de madrugada (sin Gauloises de por medio, supongo).

Bromas viejunas aparte, en realidad, lo que esta circunstancia esconde, y sobre todo en las alumnas, es que la mayoría de ellas mientras sus familiares se dedicaban a trabajar fuera de casa en las denominadas actividades esenciales, ellas se responsabilizaban de los cuidados del hogar o de hermanos y hermanas menores durante el día y por la noche hacían su tarea escolar.

Todo lo anteriormente descrito sirve en mi opinión para evidenciar el papel no solo educativo sino asistencial de la escuela pública y reclamo a través de este artículo que el término de nuevo cuño denominado educación híbrida debería desterrarse inmediatamente de cualquier programa, plan o borrador educativo. La escuela debe ser una institución presencial que se preocupe ante todo de la situación emocional del alumnado, vele por sus intereses y necesidades como son los hábitos de vida saludables y sea un espacio de desahogo y seguro para la chavalería, porque desgraciadamente a veces sus hogares no lo son.

Últimamente en mi entorno oigo y me enervo, como algunas familias expresan su tranquilidad porque afirman que los colegios (privados) de sus hijos o hijas están tecnológicamente preparados para poder dar las clases online en caso de confinamiento y eso es un valor seguro. Puede que la escuela pública no esté preparada tecnológicamente para ello por circunstancias obvias, pero sí lo está emocionalmente, gracias a los y las profesionales de todos los ámbitos que la integran y que día a día y cara a cara se preocupan por si su alumnado ha comido, se ha lavado los dientes, ha dormido las horas suficientes o ha tenido algún conflicto o problema grave en casa. Porque la escuela pública es la única que garantiza el derecho a la educación y la igualdad de oportunidades de todo el alumnado independientemente de su origen, clase y/o diversidad funcional.

El cuidado,
en su lugar

El cuidado, en su lugar

Isabel Otxoa Crespo.

Profesora del Departamento de Derecho de la Empresa y Derecho Civil de la Facultad de Relaciones Laborales y Trabajo Social de la UPV/EHU.

Lo que sigue no es una teorización sobre el cuidado ni sobre las posiciones de autoras feministas que han trabajado la cuestión. Tampoco pretende ser la interpretación auténtica de lo que ellas quisieron decir. Esto va más bien de puesta en común vivencial. Escribo desde el ángulo de mi propia experiencia con el tema, que es, por tanto, limitada, subjetiva y con sesgos de todo tipo. Allá voy.

Tengo reservas hacia la utilidad transformadora de un lema que ha ido ocupando cada vez más territorio y más significados: el cuidado en el centro.

El cuidado (a secas) como elemento transversal, abarca demasiado. Designa tanto la ducha antes de salir a trabajar, como el agotador toque de teléfono a la madre sorda; la atención reforzada a la alumna que lo necesita, como la democracia y la empatía en el funcionamiento de una organización; la peatonalización de una calle o el compromiso contra el cambio climático. Pero el cuidado no se libra del medio ambiente patriarcal, capitalista y racista en el que tiene su única existencia real: así se entiende y así se ejerce. La obra de desmontaje del edificio constituido por el ninguneo y a la vez la sobredimensión de lo que llamamos cuidado exigen abordajes múltiples y jerarquización de objetivos. No hay vida sin cuidado, pero la vida es mucho más que los cuidados y así la queremos.

En mis tiempos –relato de vieja– las feministas vascas teníamos una respuesta a la cuestión del trabajo doméstico: socialización mediante servicios colectivos como guarderías (sic), lavanderías y comedores.

El trabajo doméstico era un incordio a resolver de la manera menos costosa en términos de dedicación; la vida estaba en todas partes, menos ahí. El volumen de las tareas dependía en buena parte de decisiones personales sobre los estándares de limpieza, clase de alimentación, etc. Una vez reducido a su mínima expresión, había que repartirlo con los hombres. Repartir, y no compartir, porque la experiencia decía que ellos eran unos artistas del escaqueo y que más valía dejar clarísimo cuál era su parte, cuáles las tareas exigibles y su grado de ejecución.

Los cuidados no estaban en el panorama. Gastábamos tiempo de reunión intentando establecer la equivalencia del trabajo doméstico necesario con las estrellas de los establecimientos de hostelería, quehacer difícilísimo porque cuando el criterio mercantil capitalista interfiere, la distinción entre bienes necesarios y superfluos no opera. En todo caso, al representarnos la futura sociedad no patriarcal, los seres de los que había que ocuparse eran criaturas deseadas camino de su independencia. No recuerdo que tuviésemos receta para la atención de las personas mayores. En aquel momento no constituían una preocupación en lo personal: éramos feministas veinteañeras, hijas de gente que rondaba la cincuentena.

Con los años, la gente próxima, incluidas nosotras, empezó a enfermar, a sufrir percances. Nuestras madres enviudaron, y quien no se había topado con el cuidado en los libros, lo descubrió, con toda su complejidad, en la propia vida. Para entonces, la palabra conciliación estaba ya en nuestro vocabulario. Nuestra crítica a la conciliación fue que, en los términos en los que se planteaba como derecho laboral, era un instrumento técnico del sistema para mantener a las mujeres en su lugar: el de la satisfacción privada de las necesidades de cuidado, mientras se incentivaba la presencia subsidiaria en el mundo del empleo.

Con ocasión del ejercicio de los derechos de conciliación que daban las leyes, las empresas sacaron a colación una cuestión que, desde un punto de vista del cuidado como responsabilidad social, comparto. No me estoy alineando con la utilización de las personas para la obtención del máximo beneficio, me refiero al modelo de reconocimiento de las necesidades y deseos de cuidar: cuestionaban las peticiones de las mujeres de cambio de jornada para atender menores, cuando en la familia había un padre en condiciones de hacerse cargo y compartir el asunto. En un mundo distinto, la colectividad organizada tendría alguna parte en esas decisiones. ¿Nos negamos a la intromisión sólo porque viene de la empresa, o hay algo más?

Los cambios de horario no solo afectan al negocio, también pueden significar cambios en el horario y en las tareas del resto de la plantilla. Sé de lo que hablo: clases siempre a primera hora de la mañana, docencia los viernes hasta la última... Las reducciones de jornada breves pueden originar contratos de sustitución de muy pocas horas en actividades que exigen presencia insoslayable en el centro de trabajo; precisamente uno de esos sectores afectados es el del cuidado. Dado que la reorganización del sistema de cuidados y por tanto, la del mundo del empleo remunerado, es una responsabilidad social y una cuestión política, no tendría por qué pararse a las puertas de cada hogar. Aquel principio de «no entrar en cosas del matrimonio» que servía para no intervenir socialmente en los malos tratos, parece seguir vigente con relación al cuidado.

La Ley de Dependencia de 2006 tenía una parte de prestaciones monetarias que no encajaba en el modelo de servicios que defendíamos, pero también una lista de servicios teóricamente capaz de colmar la atención en todas las situaciones: centros de día, de noche, ayuda a domicilio, residencias, asistencia personal. Resultó una promesa incumplida, los servicios no fueron ni de lejos suficientes. Llegó la realidad en forma de parientes mayores, casi siempre madres, que preferían la muerte (o eso decían) a la atención en un centro, y cuando nos pusimos en su lugar, les entendimos. Residencias-cuartel, habitaciones compartidas con gente desconocida, horario de visitas rígido. Estoy convencida de que este tema daría para mucho más, pero a lo largo de estos años hemos puesto nuestra atención en las cuidadoras y tenemos poca información sobre las vivencias de las personas atendidas. Que la expresión usual para referirse a las personas de edad avanzada sea «nuestros» mayores, lo dice casi todo.

Si se cuenta con el suficiente apoyo, hay un tiempo enorme en el que se pueden vivir la fragilidad de la vejez y la pérdida de autonomía en una curva suave, sin necesidad de cambiar todo el entorno vital. Esto es lo que hacen las trabajadoras de hogar en las casas de quienes pueden pagarlas: amortiguan las consecuencias de esa combinación letal de individualización del modo de vida, dispersión y movilidad geográfica entendidas como valor positivo, alargamiento de la supervivencia a toda costa y falta de servicios. Por cierto, a la hora de pedirlos, tendremos que concretar su diseño, porque los eslóganes no sirven.

Se puede vivir felizmente atendiendo a otras personas, y distinguir la elección de la imposición. Se puede separar aquello que debe resolverse institucionalmente de la parte insustituible de los afectos entre personas que se conocen y se reconocen.

Se necesita profundizar mucho, y de manera clara y atrevida, en la idea de qué papel les damos a los cuidados comunitarios.

El centro está muy concurrido y si la reivindicación del cuidado quiere ser una proclama transformadora, tendrá que hacer hueco para que lo vayan ocupando la justicia, la igualdad, la democracia, la solidaridad, el reparto y habrá más. Tendrá también que reconocer como valores la capacidad de enfrentamiento y de presión, el no someternos a lo que se espera de nosotras, incluso si se trata de una buena acción: es la vía por la que las mujeres hemos ido saliendo del lugar asignado.

La cuestión de avanzar en propuestas y soluciones que sitúen el cuidado en su lugar, es una tarea apasionante. El no necesitar cuidar especialmente, ni de una misma ni de otra persona durante largo tiempo, me parece una suerte. Pero dentro de no muchos años, algunas feministas, entre las que estoy, si no nos hemos muerto pasaremos a formar parte de «vuestras» mayores. Habremos fracasado si para entonces no hemos afrontado esta cuestión de alguna manera, aunque sea limitada. Es difícilísimo, pero ¿no habíamos quedado en que estamos ante una cuestión primordial?

Tenemos ratios
de 30 chavales
y chavalas de
cuatro años
y dos monitoras
de comedor:
no pasan más
cosas porque
tenemos suerte

Tenemos ratios de 30 chavales y chavalas de cuatro años y dos monitoras de comedor: no pasan más cosas porque tenemos suerte

Begoña Sánchez Surribas.

Estudios secundarios. Trabajadora de comedores escolares.

Entrevistamos a Begoña Sánchez Surribas, 54 años, una hija, estudios secundarios. Trabaja en los comedores escolares desde 2006 y en el centro actual desde 2007. Afirma que lo más positivo de su empleo es que te permite conciliar la vida familiar con la laboral. Es esta la razón fundamental por la que permanece en su puesto de trabajo.

Begoña considera que los centros escolares no cuentan con los recursos humanos y materiales suficientes para desempeñar su labor en condiciones adecuadas; le encanta su trabajo pero asegura que las condiciones laborales se han ido recrudesciendo en la última década, y, a partir de la pandemia incluso se han agravado:

«En nombre de la COVID no vale todo y están aprovechando para ocultar los problemas previos que teníamos en los comedores escolares de falta de personal».

A su juicio, considerar esencial el sector de los comedores escolares es un acto hipócrita porque, en la práctica, es un trabajo que no se considera importante:

«Hemos tenido que hacernos visibles por medio de movilizaciones, la sociedad nunca nos ha considerado esenciales y tampoco los organismos ni los públicos ni los privados».

Afortunadamente, ellas se han adherido a las últimas movilizaciones del personal docente, y así se ha visibilizado la importancia de su trabajo: «Nosotras también

formamos parte de la comunidad educativa y somos esenciales, como una profesora que imparte sus clases». «Hemos salido a la calle para decir que somos esenciales porque de lo contrario, no hubiéramos tenido ese reconocimiento». «Hasta ahora, se ha hablado poco o nada, de los comedores y del personal de los comedores, no estamos en la agenda».

La pandemia, al igual que en otros sectores laborales feminizados, ha agravado las desigualdades sobre todo en los centros privados-concertados: «Hay una diferencia clara entre la pública y privada-concertada, la pública –aunque tiene carencias– goza de mejores condiciones porque se las han peleado más que la privada-concertada. Al final, en la privada-concertada todo se reduce a que cuadren los números».

Esta trabajadora incide en que se han abaratado los costes a límites insospechados: ha disminuido de manera notable la calidad de las comidas porque el colegio quiere «duros a cuatro pesetas» y las gastronómicas abaratan hasta lograr el cliente. En cambio, en los centros públicos esta circunstancia no se da con tanta intensidad porque a lo largo de los años han realizado huelgas y movilizaciones, por tanto, las gastronómicas tienen que cumplir unos mínimos ya que dependen del Gobierno Vasco, por ejemplo: los ratios –comensal/monitora–.

«En la privada-concertada las ratios son a banco corrido y se acabó».

Al principio de la pandemia, en la mayoría de los centros hubo escasez y retraso en la dotación de los EPIs. Se comenzó a trabajar con mascarillas quirúrgicas pero no son seguras porque las criaturas comen sin mascarillas y las trabajadoras no estaban suficientemente protegidas y se empezaron a suministrar la mascarilla FFP2, con todo, a día de hoy, continúan peleando para que las mascarillas se den con la frecuencia necesaria.

A pesar de la pandemia, la plantilla de monitoras y monitores de comedor no se ha ampliado «hay menos tiempo y en teoría hay un turno más de comidas» aunque haya menos comensales, la forma de trabajar es diferente y hay un aumento de la carga de trabajo. En la práctica, los protocolos COVID19 no se pueden aplicar porque el tiempo de comedor sigue siendo el mismo (dos horas) y ha habido que adaptarse, no se ha recurrido a nuevos espacios porque eso implica nuevas contrataciones «se tira con lo que hay».

Sobre las huelgas en su sector, percibe falta de apoyo. Las tres jornadas de huelga celebradas a comienzo de este curso 2020/21, según esta trabajadora, han sido

experiencias frustrantes porque tuvo una respuesta muy escasa. Las familias, en general, les definen como irresponsables y oportunistas. Parece que las familias son incapaces de ver que si las trabajadoras tienen malas condiciones laborales eso va a repercutir directamente en el servicio que reciban sus hijos e hijas.

«El sector de la privada-concertada no se mueve para nada; gracias a que nos adherimos a la pública hemos podido avanzar en las reivindicaciones y logros».

En suma, por parte de la comunidad educativa, perciben indiferencia sobre todo cuando hacen huelgas, se han encontrado, en alguna ocasión, que un determinado profesor ha hecho el servicio para suplir la ausencia de la huelga de las trabajadoras.

Sin duda, este sector de trabajadoras del comedor se ha hecho visible en estos momentos gracias a las huelgas que han realizado a lo largo de esta pandemia. Aunque los partidos políticos no lo consideran un sector profesionalizado, los sindicatos sí:

La parte sindical, que representa a las trabajadoras, ha recogido nuestras reivindicaciones, pero «si el personal no te secunda poca cosa puedes hacer, hay muy poco seguimiento». Señala que tenemos la costumbre de la queja del pasillo «todo el mundo está descontento, pero nadie hace nada», se ponen excusas para no ir a la huelga.

Para dignificar las condiciones de las trabajadoras de los comedores, a su juicio, la primera medida sería dar formación para otorgar un reconocimiento profesional «si no te consideran profesional de nada, no hay nada que hacer». Esta trabajadora percibe clasismo, hecho que influye en que no se sientan parte de la comunidad educativa «todo es un engranaje, si falla una pieza repercute en las otras de alguna manera».

En cuanto a la segregación de las tareas en función del sexo, observa que la mayoría de los supervisores son hombres, aunque también en las gerencias de las empresas haya algunas mujeres, en cambio, la práctica totalidad de la plantilla de las monitoras son mujeres.

Considera que: «Es una ayuda a un sueldo mayor, son jornadas parciales y nos permite conciliar, además las vacaciones son iguales que el personal docente, tenemos tiempo para dedicarnos al cuidado».

En cambio los chóferes del transporte escolar con jornadas también parciales, son mayoritariamente hombres y –a diferencia del nuestro– es un sector profesionalizado. En el sector de los y las monitoras de comedores la mayoría somos mujeres porque nuestros sueldos son «una ayuda» y porque evidentemente, según sus palabras:

«Los hombres pueden promocionar más y tener más dedicación al empleo porque la responsabilidad de las tareas del hogar y la crianza recae sobre las mujeres y nos quita tiempo para nuestras trayectorias profesionales».

En el ámbito de la salud laboral las enfermedades más habituales son las siguientes: dolores de espalda, enfermedades relacionadas con el uso de la voz porque siempre tienen que utilizar un tono muy elevado y también pierden audición porque el ruido que se soporta es muy grande. Subraya que padecen una carga de trabajo brutal y este hecho les provoca mucha tensión «al final acabamos con cuadros de depresión y de ansiedad porque ves que no llegas y te genera ansiedad y malestar en el trabajo, no tienes ni ganas de ir al trabajo por las condiciones tan malas a las que estamos sometidas».

La entrevistada afirma que es necesaria la formación específica para trabajar en comedores relacionada con las etapas evolutivas de los niños y niñas y también en resolución de conflictos y primeros auxilios. En la privada-concertada está formación se da a cuenta gotas y fuera del horario laboral, siendo además opcional, en la pública cuentan con más oportunidades para formarse.

«Para cualquier puesto de trabajo hace falta formación, por ejemplo, para el tema de las y los alérgicos, damos inyecciones de adrenalina a los niños y niñas no siendo personal cualificado, no somos enfermeras pero nos exigen actuar». Insiste en que «Cada vez tenemos más trabajo en el mismo tiempo, y esto es grave para las criaturas alérgicas ya que todo se hace de prisa y corriendo». «Nos piden unas responsabilidades y no se dan las condiciones adecuadas, corriendo no se puede garantizar la seguridad de nada, con los ratios que tenemos: 30 criaturas de 4 años y 2 monitoras... «No pasan más cosas porque tenemos suerte, las monitoras no pueden cargar con esta responsabilidad».

Finalmente, concluye que todo lo que es privado se gestiona sin control, lo público siempre tiene una gestión más clara y más controlada, la solución pasa porque los

comedores sean parte de las escuelas y existan comedores propios con alimentación sana y ecológica. Es muy importante en el desarrollo de las criaturas que aprendan a alimentarse y el mejor escenario es el comedor escolar:

«Ahora mismo lo que ocurre es que las escuelas son las clientes de las gastronómicas, con una partida de dinero limitada los centros escolares preguntan ¿qué servicio me das por este dinero que te pongo en la mesa? cada vez ofrecen menos dinero, se quieren abaratar costes y eso incide en la calidad del servicio, en lugar de comprar la carne de ternera de calidad se compra lo más barato».

«Habrá algún centro privilegiado que cocina con productos ecológicos pero la generalidad es que se cocina con producto convencional, hablamos de miles de comensales entre centros escolares y residencias. Los centros que tienen cocina propia aseguran un menú de mayor calidad y no se usan envases de plástico, esa es la mejor opción, sin duda».

Concluimos con la certeza de que si se cierra el comedor escolar sería la hecatombe y las familias saldrían a movilizarse porque es una herramienta fundamental para facilitar la conciliación familiar, laboral y personal.

Queremos agradecer a Eurne Larrañaga Quijano el haber realizado la entrevista y confeccionado el guión.

Residencias
de mayores:
reflexión
suscitada por
la COVID-19

Residencias de mayores: reflexión suscitada por la COVID-19

Arantza Urkaregi Etxepare.

Ha sido profesora agregada en el Departamento de Matemática Aplicada, Estadística e Investigación Operativa en la Facultad de Ciencia y Tecnología. UPV/EHU. Actualmente, está jubilada.

A menudo oímos y decimos que la COVID-19 ha dejado en evidencia la debilidad de los servicios públicos, tanto en el sector sanitario como en el de servicios sociales; pero, especialmente, la pandemia ha sacado a la luz la grave situación de las residencias de personas mayores.

No es nueva la reivindicación feminista relativa a la necesidad de colocar los cuidados en el centro; pero, en mi opinión, si de algo ha servido esta pandemia, ha sido para concienciar a la sociedad de la importancia de los cuidados, y para hacerle un hueco al sistema de los cuidados en el ámbito político.

Es innegable que la COVID-19 ha golpeado fuertemente a las residencias de la tercera edad. En la primera ola, hasta junio, fueron 1.042 las muertes registradas en residencias de la tercera edad de Hego Euskal Herria, y 457 en la segunda ola, hasta el 27 de enero. Así pues, al menos el tercio de las muertes por COVID-19 se han dado en personas mayores usuarias de residencias.

Todos esos datos han dejado en evidencia que, entre la primera y segunda ola de la COVID-19, las instituciones responsables de las residencias no han aprendido mucho, o que, mejor dicho, las medidas implantadas (pues alguna sí se ha implantado) no han valido para mucho, porque, en realidad, la cuestión es que estamos ante un problema estructural, es decir, que es el propio modelo de las residencias lo que no funciona como es debido.

Más allá de hacer un análisis retrospectivo, lo que pretendo con este artículo es ofrecer una mirada que valga para reflexionar acerca del futuro. Mi reflexión se centra en Bizkaia, puesto que es el sistema que mejor conozco; pero los elementos principales recogidos en la misma deberán valer para aplicarlos en un contexto general.

¿Cómo queremos que nos cuiden?

Esta ha sido la primera reflexión que me ha venido a la mente como consecuencia de la pandemia. Actualmente, solo existen dos alternativas: permanecer en la propia casa, o ingresar en una residencia.

La mayoría de las personas desea vivir en casa el mayor tiempo posible. Pero, teniendo ese factor en cuenta, es evidente que no podemos continuar como hasta ahora, dejando los cuidados en manos de las mujeres, familiares o mujeres migrantes trabajadoras de hogar internas (a menudo sin contrato). Más aún si tenemos en cuenta que todo ello se hace a cambio de 180 € o, como máximo, 520 € (Prestación económica para cuidados en el entorno familiar). Esa es la solución que promueve la Diputación Foral, porque se trata de la opción más barata (en Bizkaia, son casi 57 mil las personas que tienen reconocida la situación de dependencia, de las cuales el 37,4 % reciben dicha prestación). Sin embargo, para que nos cuiden como es debido, hacen falta cuidadores/as profesionales, y hay que romper con el binomio mujer=cuidadora. Para ello, es preciso contar con un Servicio de Ayuda a Domicilio sólido (es competencia municipal), proveer a las personas cuidadoras de cada hogar de las ayudas técnicas y la formación específica necesaria, y garantizar las condiciones laborales dignas. Y todo ello requiere una gran inversión.

¿Qué tipo de cuidados se proporcionan en las residencias? En esta pandemia hemos visto que las residencias para personas mayores se han convertido en cárceles; sin visitas, sin salidas, en ocasiones sin salir de las habitaciones... Se debían tomar medidas para evitar los contagios, pero, de algún modo, las medidas aplicadas han sido las más «fáciles», como el aislamiento. No se ha tenido en cuenta que las personas mayores son vulnerables; no solo frente al virus, sino también en el ámbito emocional y, por consiguiente, en lo que a la atención emocional se refiere (la cual es imprescindible). Tal y como se han hecho las cosas, algunas de las personas mayores no morirán por COVID-19, pero podrían morir de soledad. Aparte de las medidas de aislamiento, ¿no sería posible aplicar otro tipo de medidas? Sí, es posible; pero, para ello, se necesita ampliar las plantillas. Ha sido muy significativo lo que

ha sucedido en Bizkaia con las visitas y salidas. Entre la primera y segunda ola, Osakidetza daba la opción de realizar salidas, de pasar los fines de semana fuera de las residencias o de comer con las familias, pero la Diputación no ha permitido más que paseos terapéuticos. Existe una única razón para ello: las empresas que gestionan las residencias tendrían que contratar más personal para realizar salidas y visitas más abiertamente, pero no querían.

¿Pueden las empresas condicionar ese tipo de decisiones? En mi opinión, no deberían; pero son ellas las que mandan en las residencias de Bizkaia, puesto que la Diputación renuncia a asumir su responsabilidad.

La privatización domina las residencias de Bizkaia

En Bizkaia, hay 154 residencias autorizadas, 10.748 plazas en total. Tenemos cuatro tipos de residencias en la red foral de residencias de Bizkaia: las gestionadas por la Diputación a través del Instituto Foral de Asistencia Social (IFAS), las que están bajo la competencia de los ayuntamientos, las que dependen de la Empresa Mercantil Foral Azpiegiturak, y las plazas concertadas.

Las del IFAS son públicas, tanto en lo relativo a la titularidad como a la gestión, y tienen 340 plazas. La mayor parte de las residencias municipales también son públicas (874 plazas). Pero aquellas que dependen de la empresa Azpiegiturak (1.865 plazas) son de titularidad pública, pero su gestión es privada. Por último, las plazas concertadas (7.037) están en residencias privadas. En total, son 10.116 plazas. Además, hay 632 plazas privadas (sin concertar).

Por lo tanto, las plazas públicas gestionadas por la Diputación no son más que 340 (el 3,16 %). Si añadimos a ello las plazas de las residencias municipales, llegaríamos como mucho al 12 %.

En las demás, sean de la empresa Azpiegiturak sean plazas concertadas, la Diputación paga 93,3 € por cada día y plaza ocupada a las empresas gestoras de las residencias. Pero no se controla de ningún modo lo que se hace con ese dinero, pues solamente se les solicita que presenten un informe económico, nada más. He ahí uno de los principales problemas: por un lado, la gestión de las residencias es privada y, por el otro, la Diputación no asume la responsabilidad que le corresponde

en relación a ese servicio; es decir, proporciona el dinero, pero luego no se hace cargo de controlar (o controla muy poco) la utilización del dinero y, sobre todo, la atención que se da en las residencias.

Y en cuanto a la calidad de la atención, no podemos olvidar que es necesario hablar de los y las trabajadores/as. Las ratios siguen siendo las establecidas por el decreto de 1998. Es ahí donde se establecen los mínimos. La Diputación Foral de Bizkaia tenía (y aún tiene) la oportunidad de aumentar esas ratios (así hizo la Diputación Foral de Gipuzkoa en 2010, gobernada por el PNV), pero no quiere hacerlo. Tras más de 20 años, finalmente, el Gobierno Vasco aprobó un nuevo decreto el 31 de julio de 2019, en el que establecía un periodo de dos años para aplicar las nuevas ratios. El Parlamento Vasco ha solicitado un cambio en el decreto, puesto que es totalmente insuficiente, más concretamente, porque las ratios no pueden ser simples números. Para calcular las ratios, se debe tomar como base el tiempo mínimo para proporcionar una atención digna (al menos, dos horas de atención directa), y en función de ello se deben calcular las diferentes necesidades de los tipos de trabajador/a.

Deberíamos reflexionar también acerca de la estructura de cada residencia. Si queremos trabajar el cuidado comunitario, no pueden generalizarse las macrorresidencias actuales, sin ninguna relación con la comunidad.

Perspectiva de futuro

En los Plenos de Política general que se celebraron en septiembre, los Diputados Generales de Álava, Bizkaia y Gipuzkoa reconocieron que el sistema actual de residencias ha fracasado. No de forma explícita, pero los tres mencionaron que las residencias debían ser más pequeñas; hablaron de módulos de 25 personas, de la necesidad de coordinación con Osakidetza. Pero, por supuesto, no hablaron de publicación, ni de la necesidad de ampliar las plantillas. Quieren tomar unas pocas medidas, sin poner en duda el modelo en sí. Considero que la pandemia ha dejado en evidencia las carencias del sistema de residencias, y creo que tendríamos que aprovechar esas carencias para analizar y debatir a fondo el actual modelo. Y también podemos aprovecharlas para ir aún más allá: para reflexionar sobre el sistema de cuidados en su conjunto.

Reivindicamos la necesidad de tener un sistema de residencias público. Estoy de acuerdo con ello. Pero no lo conseguiremos de la noche a la mañana, puesto que

precisa de un proceso largo y complejo. Y mientras tanto ¿qué? El objetivo es la publicación, pero no podemos limitarnos a eso.

Por un lado, tenemos que acabar con las privatizaciones, es decir, debemos exigir que las plazas de residencias de nueva creación sean públicas. Es más, en Bizkaia, el reto más inmediato es conseguir que no eliminen la residencia de personas mayores de Gallarta gestionada por el IFAS. La Diputación pretende convertirla en residencia para personas con diversidad funcional y, de conseguirlo, las personas mayores de Bizkaia perderían 64 plazas públicas a las cuales poder optar. Es totalmente inaceptable.

Por otro lado, debemos exigir medidas a corto y medio plazo, a fin de garantizar la calidad de la atención de personas mayores con dependencia. La Diputación debe garantizar un control público tanto de la utilización de los fondos públicos destinados a las residencias como de la calidad de la atención proporcionada en las mismas.

La Diputación tiene que exigir a las empresas encargadas de la gestión de residencias que tomen medidas concretas: contratación de más personal, creación de módulos reducidos, formación para el personal, atención integral. Es necesario tomar medidas urgentes en las residencias y, para ello, la Diputación debe multiplicar las inspecciones y ser rigurosa con ellas, sin descartar la posibilidad de intervenir en ellas. Todas las residencias pertenecientes a la Red Foral son de responsabilidad pública (bien sean de competencia de la empresa Azpiegiturak, bien sean plazas concertadas de residencias privadas), puesto que así lo establece la Ley 12/2008 de Servicios Sociales de la CAPV. En resumen, la Diputación no puede seguir dejando la atención de las personas mayores en manos de empresas; debe hacerse cargo de su propia responsabilidad, y tiene que apremiar a las empresas para que proporcionen una atención de calidad a las personas mayores.

El camino no será fácil, pero tenemos que conseguir que el dolor y las pérdidas ocasionadas por la pandemia COVID-19 se conviertan en oportunidad para construir un nuevo y sólido sistema de cuidados.

steilas

COVID 19. Reflexiones feministas
sobre la pandemia